

## RESUMEN CON COMENTARIOS DEL LIBRO DE GILLE LIPOVETSKY, EL IMPERIO DE LO EFÍMERO, Ed Anagrama

Adolfo Chércoles Medina SJ

(Encuentro en el Puerto de Santa María, julio 2007.)

### La era de la moda plena.

El análisis que **Lipovetsky** hace de la sociedad actual en su libro **El imperio de lo efímero**, puede servirnos de referente en nuestra búsqueda. En la introducción confiesa que *“vivimos en sociedades dominadas por la frivolidad, último eslabón de la aventura plurisecular capitalista-democrática-individualista... La moda... se presenta ante todo como el agente por excelencia de la espiral individualista y de la consolidación de las sociedades liberales”* (p 13). La originalidad de aproximarse a nuestro Primer Mundo desde el fenómeno de la **moda**, ofrece perspectivas inéditas, pero que dan nombre a la ‘red’ en la que estamos atrapados.

En efecto, según **Lipovetsky** el hombre de hoy ha abandonado las ‘ideologías’, pero se ha hecho ‘más tributario de las modas’. Pero ¿qué hay detrás de nuestra fobia a las ‘ideologías’? ¿Un salvar el núcleo personal o no privarse de la oportunidad estimulante de turno?

Pero el ser ‘más tributario de las modas’ es posible por *“el juego de la seducción”* que potenciará *“el progreso colectivo en la libertad de espíritu”*. Aunque bien es verdad que *“la seducción sólo realizará plenamente su obra democrática armonizándose con otros parámetros, no asfixiando las reglas soberanas de lo verdadero, de los hechos, de la argumentación racional”* (**Op.cit.** p 20).

Sin embargo, para **Lipovetsky**, *“la era de la moda es lo que más ha contribuido a arrancar a los hombres en su conjunto del oscurantismo y el fanatismo, a construir un espacio público abierto, a modelar una humanidad más legalista, más madura, más escéptica. La moda plena vive de paradojas; su inconsciencia favorece la conciencia, sus locuras el espíritu de tolerancia, su mimetismo el individualismo, su frivolidad el respeto por los derechos del hombre...”* (**Op.cit.** p 20).

Ahora bien, estas ‘paradojas’ no son ‘dialécticas’. Cuando la aparente contradicción encierra una dialéctica se da crecimiento; cuando no, es un simple fenómeno de alternancia sin pretensión alguna. Como muy bien afirma más adelante: *“la moda... ha conseguido hacer de lo superficial un instrumento de salvación, una finalidad de existencia”* (**Op.cit.** p 42). Que ‘lo superficial’ se viva como ‘finalidad de existencia’ es algo que debe interrogarnos. Si antes afirmaba que ‘el juego de la seducción’ debía ‘armonizarse con otros parámetros’ como ‘las reglas soberanas de lo verdadero’ o ‘de la argumentación racional’, ¿qué clase de ‘verdad’ o de ‘argumentación racional’ podemos encontrar en ‘lo superficial’? Sin embargo, ‘lo efímero impera’.

Pero no busquemos la respuesta en el ámbito de la verdad y la razón: *“...la moda ha comenzado a expresar esa invención propia de Occidente: el individuo libre, despreocupado, creador y su correspondiente, el éxtasis frívolo del Yo”* (**Op.cit.** p 52). Podemos considerar esta descripción como una certera definición del **individualismo** que impera. Lo único que puede ‘liberar’ al ser humano de cualquier exigencia de la verdad y la razón es aislarse en su Yo, convirtiéndose en centro de cualquier referencia.

En realidad, este rechazo de ‘ideologías’ tan visceral no impide que caigamos en otras más sutiles y peligrosas, que no tienen ‘fundadores’ ni ‘ideólogos’, sino que son fruto de la ‘red ilegal’ en la que estamos atrapados: *“La ideología individualista y la era sublime de la moda son de este modo inseparables; culto del desarrollo individual, del bienestar, de los goces materiales, deseo de libertad, voluntad de debilitar la autoridad y las obligaciones morales: normas “holistas” y religiosas, incompatibles con la dignidad de la moda, fueron minadas no solamente por la ideología de la libertad y la igualdad sino también por la del placer, tan característica de época individualista” (El imperio de lo efímero, p 98).*

¿Qué significado tiene la ideología para poder afirmar por un lado que el hombre de hoy está menos ‘ideologizado’ y por otro lado ha sucumbido a la ‘ideología individualista’, la de la ‘libertad’, la ‘igualdad’, el ‘placer’? **VER EN MARÍA MOLINER IDEOLOGÍA.** Es indiscutible que las grandes ideologías han caído bajo el poder atomizante del **individualismo**. Pero lo que debe alertarnos es que tanto la ‘libertad’ como la ‘igualdad’ que proporciona el ‘espacio democrático’ están ligadas al ‘placer’ y surgen del ‘individualismo’. Ahora resulta que hay equivalencia entre libertad, igualdad y placer; que la contraposición entre ‘principio del placer’ (que denominaremos ‘estímulo-respuesta’) y el ‘principio de realidad’ (que describiremos como ‘de libertad’) no existe. ¡No hay que sustituir un ‘principio’ por el otro! La única diferencia está en que el ‘principio del placer’ que mueve al niño ha de ser ‘controlado’ por los que le rodean, y de adulto será el individuo quien debe hacerlo, pero el caso es que ha de seguir imperando.

Será el mismo **Lipovetsky** el que diagnosticará mejor este fenómeno bajo la ‘moda plena’: *“En el orden de la moda, se registra la ética hedonista e hiperindividualista generada por los últimos progresos de la sociedad de consumo” (Op.cit. p 143).* Y más adelante lo puntualiza: *“...Una nueva generación de sociedades burocráticas y democráticas, de signo “ligero” y frívolo, ha hecho su aparición. Ya no imposición coercitiva de las disciplinas, sino socialización por la selección y la imagen. Ya no Revolución, sino entusiasmo de los sentidos. Ya no solemnidad ideológica, sino comunicación publicitaria. Ya no rigorismo, sino seducción del consumo y del psicologismo. En algunos decenios nos hemos desembarazado de la primacía de las ideologías duras y del esquema disciplinario característico del estadio heroico de las democracias; las sociedades contemporáneas se han reconvertido en kits y servicio express. Lo que no significa que hayamos roto todos los lazos con nuestros orígenes: la sociedad frívola no escapa al universo competitivo y de la comunicación; no escapa al orden democrático, lo consume en la fiebre de lo espectacular en la inconstancia de las opiniones y las movilizaciones sociales” (pp 175-6).*

Es pues el ‘orden democrático’ el que sale reforzado a través de un impulsor más eficaz que todas las ‘ideologías’ de antaño: la **publicidad**. Pero veamos cómo lo formula nuestro autor: *“... La publicidad no proclama en voz alta lo Verdadero y lo Justo, aconseja con suavidad y se dirige a individuos adultos capaces de comprender la gravedad de los problemas que hay detrás del juego y del espectáculo. Ningún recurso a las traiciones, a los complots, a la epopeya histórica: la publicidad no apela a la denuncia, a la violencia social o al sacrificio personal; su registro no es el dramatismo sino la benevolencia, la distensión y la seducción, en conformidad con una sociedad pacífica que valora el diálogo flexible, la autonomía y el interés particular de las personas. Influencia pero no amenaza, sugiere pero sin pretensión de dominación doctrinal, funciona sin maniqueísmo ni culpabilización, en la creencia de que todos los individuos son capaces de autocorregirse casi por sí mismos, sea por advertencia*

*mediática o toma responsable de conciencia...” (Op.cit. p 220), en una palabra, “la publicidad se esfuerza por acentuar el principio de individualidad” (Op.cit. p 224).*

Por otro lado, a pesar de las acusaciones de “*Estado-espectáculo..., tomado en su globalidad, el proceso frívolo no amenaza el orden democrático, lo asienta sobre bases más serenas, más abiertas y más amplias, aunque planas.*” (Op.cit. pp 229-230). Una vez más, **Lipovetsky**, honesto en sus descripciones de la realidad, reconoce que el ‘orden democrático’ que ‘consolida’ la moda, está apoyado en bases ‘más abiertas...’ ‘aunque **planas**’. Esta ausencia de ‘relieve’ tiene su origen en la moda.

A la hora de interpretar “*los arrebatos emocionales de los fans*”, rechaza cualquier interpretación ‘trascendente’ (‘*religión de las stars*’), “*sino como una ‘pasión de moda’, una veleidad temporal... A diferencia del culto religioso, indisociable de una organización simbólica, de un sentido o contenido trascendente, el culto a las stars se caracteriza por que no se vincula más que con la imagen y éxtasis de la apariencia. Lo que arrebató a los devotos no es ni una cualidad humana ni un mensaje de salvación, sino el encanto de una imagen sublimada y estetizada. Culto de personalidad, no culto de lo sagrado; culto estético, no culto arcaico. Ensoñación íntima, no misticismo trascendental*” (Op.cit. pp 247-8).

Pero veamos cómo interpreta este fenómeno que se da en la juventud: “*Lejos de ser un comportamiento arcaico, el culto a la stars es un hecho moderno típicamente individualista que se basa en el libre movimiento de los individuos: ningún dogma, ningún conjunto de creencias institucionalizado, ningún ritual obligatorio, sólo desencadenamiento de las pasiones amorosas y fantasmáticas de los sujetos individuales*” (Op.cit. pp 248-9).

En efecto, el hecho de que este fenómeno no se dé entre los adultos, lo interpreta así: “*En tanto que el fenómeno es inseparable de la búsqueda de identidad y de la autonomía privada, sólo puede aparecer en el universo democrático en que se han operado la disolución del orden jerárquico-desigualitario y la disgregación individualista del tejido social. No puede haber stars en un mundo en que los lugares y los papeles están fijados de antemano según un orden preestablecido desde siempre. La desigualdad entre el fan y la star no es la que hay entre el fiel y Dios, es la que corresponde a la sociedad democrática, donde todos los seres, libres, sin trabas, pueden reconocerse unos a otros, donde podemos expresar nuestro amor, sin barreras ni moderación, por encima de las diferencias de edad, de posición social o celebridad. La pasión amorosa puede adquirir una intensidad desbocada gracias a que ya no hay reglas de mutua pertenencia entre los seres....En la raíz de la “liturgia estelar”... está la dinámica de la igualdad democrática que ha liberado el sentimiento amoroso de todo marco ritual*” (Op.cit. p 250).

Pero curiosamente esta ‘igualdad’ y ‘liberación’ no contribuyen al ‘bien común’, que siempre lleva consigo compromiso, sino como observa más adelante: “*... Los temas centrales de la cultura de masas han contribuido poderosamente a la afirmación de una nueva forma de la individualidad moderna, centrada en su realización privada y su bienestar. Al proponer, bajo múltiples formas, modelos de autorrealización existencial y mitos centrados en la vida privada, la cultura de masas ha sido un vector esencial del individualismo contemporáneo junto a la revolución de las necesidades, o incluso anterior a ella*” (Op.cit. p 252).

Totalmente de acuerdo: es el **individualismo** el que está en el fondo de lo que él denomina ‘cultura de masas’, pero un individualismo que va a denominar “*sonámbulo, desposeído de sí*”

*mismo por las figuras encantadas de lo imaginario. Los estándares individualistas son en buena parte un engaño, no hacen más que prolongar de otro modo los consuelos del opio del pueblo. Al mismo tiempo se ha ocultado la obra real de la cultura de masas que corresponde a la larga duración de las democracias y su contribución paradójica, aunque efectiva, el desarrollo de la autonomía subjetiva. Al sesgo de la mitología de la felicidad, del amor, del ocio, la cultura moda ha permitido generalizar los deseos de autoafirmación e independencia individual. Los héroes del self-made-man, las historias de amor en fotonovelas o en pantalla, los modelos emancipados de las stars, han dado lugar a nuevas referencias para los individuos, estimulándolos a vivir más para sí mismos, a desligarse de las normas tradicionalistas, a remitirse más a sí mismos en el gobierno de sus existencias. Toda la cultura de masas ha obrado en el mismo sentido que las stars: como un extraordinario medio de desvincular a los seres de su arraigo cultural y familiar, y de promover un Ego que disponga más de sí mismo. Gracias a la evasión imaginaria, la cultura frívola ha sido una pieza clave en la conquista de la autonomía privada moderna: menos imposición colectiva, más modelos identificatorios y posibilidades de orientación personal; la cultura mediática no se ha limitado a difundir los valores del mundo pequeñoburgués, ha sido también una fuerza de la revolución democrática individualista. No hay más remedio que insistir: lo superficial no se reduce a sus efectos manifiestos; hay una positividad histórica de los artificios, la moda plena libera a los individuos de normas sociales homogéneas y constrictivas antes que sujetarlos a su orden eufórico” (pp 252-3).*

¿Qué es lo que ha querido decir con la frase final? La ‘liberación’ apunta al individuo aislado, a su *autonomía subjetiva*, son los *deseos de autoafirmación e independencia individual*, dinamizados por la *mitología de la felicidad, del amor, del ocio*, en una palabra de la *cultura moda*. Es *desligarse de las normas tradicionalistas para vivir más para sí mismos*, es *promover un Ego que disponga más de sí mismo*. Es, pues, la autonomía privada lo que la ‘moda’ genera. Los valores ‘democráticos’ de ‘igualdad’ y ‘libertad’, de los que toda democracia moderna se enorgullece, aíslan más que solidarizan, incomunican más que comprometen. Nos liberan de las ‘normas sociales’ llamadas a proporcionar en su ‘homogeneidad’ un marco de referencia determinado que dé identidad al grupo, y en su carácter ‘restrictivo’ una garantía para que la libertad de cada uno no sea una amenaza a la libertad de los demás, sino que posibilite una ‘igualdad de oportunidades’ y responsabilidad ‘recíproca’ de cara al **bien común**. Tanto la igualdad como la libertad apuntan a garantizar el individualismo.

Este individualismo lo exagera la **información**: “*Cuanto más informados están los individuos, más se hacen cargo de su propia existencia y el Ego es más objeto de cuidados, de atenciones y prevenciones. Incluso cuando tratan de no dramatizar, los media intentan desculpabilizar numerosos comportamientos (drogadictos, mujeres violadas, impotencia sexual, alcoholismo, etc...): todo se muestra, todo se dice, pero sin juicio normativo, más como hechos que deben registrarse y comprenderse que condenarse. Los media lo exhiben casi todo y juzgan poco; contribuyen a configurar un nuevo perfil del individualismo narcisista ansioso pero tolerante, de moralidad abierta y Superego débil o fluctuante.*

*En numerosos terrenos, los media han logrado sustituir a la Iglesia, a la escuela, a la familia, a los partidos y a los sindicatos como instancias de socialización y de transmisión de saber. Cada vez más nos enteramos del acontecer del mundo a través de los media; son ellos los que nos procuran nuevos datos adecuados para que nos adaptemos a nuestro entorno cambiante. La socialización de los individuos en virtud de la tradición, de la religión, de la moral, va cediendo terreno a la acción de la información mediática y de las imágenes. Nos hemos apartado definitivamente de eso que Nietzsche llamaba “la moralidad de las costumbres”: la*

*domesticación cruel y tiránica del hombre por el hombre, en vigor desde la noche de los tiempos, así como la instrucción disciplinaria, han sido reemplazadas por un tipo de socialización totalmente inédito, soft, plural, no coercitivo, y que funciona a través de la elección, la actualidad, el placer de las imágenes.*

*Lo que caracteriza la información es que individualiza las conciencias y disemina el cuerpo social con sus innumerables contenidos, en tanto que, por otra parte, ayuda en cierto modo a homogeneizarlo a través de la “forma” misma del lenguaje mediático. Bajo su acción específica, los sistemas ideológicos rígidos no cesan de perder autoridad; la información es un agente determinante en el proceso de abandono de los grandes sistemas de ideas que acompañan la evolución contemporánea de las sociedades democráticas. Sustentada por una lógica de lo fáctico, de lo actual, de la novedad, la información en las sociedades democráticas no deja de reducir el impacto de las ambiciones doctrinarias, conforma una conciencia cada vez más ajena a las interpretaciones “religiosas” del mundo y a los discursos proféticos y dogmáticos. Y ello, no sólo mediante la actualidad fragmentada, discontinua, puntual, sino también por medio de todas las emisiones en que intervienen expertos, hombres de ciencia o distintos especialistas que explican de modo simple y directo al público el estado de las cosas. Los media se encaminan hacia el discreto encanto de la objetividad documental y científica y van socavando las interpretaciones globales de los fenómenos en favor de un registro de los hechos y de síntesis de dominante “positivista”. En tanto que las grandes ideologías tendían a desprenderse de la realidad inmediata por considerarla engañosa y ponían en práctica “el poder irresistible de la lógica”, los implacables procedimientos de la deducción y las explicaciones definitivas que producían premisas absolutas (Hannah Arendt), la información sacraliza el cambio, lo empírico, lo relativo, lo “científico”. Menos glosas y más imágenes, menos síntesis especulativas y más hechos, menos sentido y más técnica. El acontecimiento sucede a las argumentaciones hipercoherentes, los datos factuales a los juicios normativos, los flashes a las doctrinas, los expertos a los ideólogos, y la fascinación del presente, del scoop y de la actualidad efímera al porvenir radiante. Poniendo en escena las novedades y la positividad del saber, los media descalifican el espíritu de sistema, propagan una alergia de masas hacia las visiones totalizantes del mundo y a las exorbitantes pretensiones de los razonamientos dialécticos hiperbólicos, favorecen la emergencia de un espíritu hiperrealista, fascinado por los hechos, lo “directo”, lo vivido, los sondeos, las novedades. La orientación de los individuos por medio de los valores está claro que en modo alguno ha desaparecido, pero se ha mezclado con el apetito realista de la información y escucha del Otro, se ha suavizado paralelamente a la erosión de la fe en las religiones seculares. Si la información es un acelerador de la dispersión individualista, sólo lo consigue difundiendo al mismo tiempo valores comunes de diálogo, de pragmatismo, objetividad, como propiciando un homo telespectator de tendencia realista, relativista, abierta” (pp 256-8).*

La cita es larga, pero necesaria: establece la conexión de fenómenos que nadie puede negar. Veamos los pasos de esta concatenación:

- 1.- La ‘información’ tiene sentido en sí, lo cual ‘desculpabiliza’: *todo se muestra..., pero sin juicio normativo, más como hechos que deben registrarse y comprenderse que condenarse.*
- 2.- Esto configura un *individualismo narcisista, ansioso pero tolerante, de moralidad abierta y Superego débil o fluctuante.* (¿Es que el ‘Superego’ puede ser ‘débil’ y sobre todo ‘fluctuante’?)
- 3.- *Los media* se han convertido en *instancias de socialización y de transmisión de saber*, sustituyendo a la *tradición, la religión, la moral.*

- 4.- Esta nueva ‘socialización’ no es *disciplinaria*, sino *soft, plural, no coercitiva*, y se ‘impone’ *a través de la elección, la actualidad, el placer de las imágenes*, lo cual la hace más tramposa, porque el individuo se siente ‘libre’ y autónomo.
- 5.- En efecto, este medio *inédito* de socialización *individualiza las conciencias* (en principio, si hay algo ‘personal’ es la ‘conciencia’; el problema está en si ‘personal’ es lo mismo que ‘individual’) y *disemina el cuerpo social con sus innumerables contenidos...*
- 6.- Esta diseminación, por otro lado, ‘homogeneiza’ *a través de la ‘forma’ misma del lenguaje mediático*. (Una homogeneización que tiene que ver con la moda, no con ningún tipo de ‘ideología’).
- 7.- Los ‘media’, pues, reducen el *impacto de las ambiciones doctrinarias* (religiosas, proféticas, dogmáticas), remitiendo a *una lógica de lo fáctico, de lo actual, de la novedad*.
- 8.- El tiempo se vive como una *actualidad fragmentada, discontinua, puntual*.
- 9.- Esta información ‘actual’ la imparten los *expertos* y la *ciencia* en su última constatación, lo cual agota toda posible búsqueda personal, porque dicha ‘información’ sustituye *las interpretaciones globales de los fenómenos*.
- 10.- Esto *sacraliza el cambio, lo empírico, lo relativo, lo ‘científico’*. *Menos glosas y más imágenes, menos síntesis especulativas y más hechos, menos sentido y más técnica*. (Pero si no hay ni ‘glosas’, ni ‘síntesis especulativas’, ni ‘sentido’, ¿qué lugar queda para la ‘búsqueda personal’?).
- 11.- Esto lleva a *la emergencia de un espíritu hiperrealista, fascinado por lo ‘directo’, lo vivido, los sondeos, las novedades*.
- 12.- Todo esto lleva a la *dispersión individualista*, cuyos *valores comunes* son el *diálogo*, el *pragmatismo*, la *objetividad*.
- 13.- El resultado es un *homo telespectator*, *de tendencia realista, relativista, abierta*. (Una vez más tenemos que preguntarnos, ¿qué lugar queda para la ‘búsqueda personal’?)

El final no puede ser más expresivo: un individuo atado a un emisor constante de información de donde ha de sacar datos para su comportamiento (¡el ser humano no está programado!), ‘zapeando’ desesperadamente para no quedar al margen un ‘pueblo’ (*demos*) en el que reside el ‘poder’ (*kratos*), pero que los ‘media’ ha masificado (*mass media*).

Frente a los saberes ‘tradicionales’ surge un “*saber de masa esencialmente frágil, y cada vez menos asimilado a fondo*. (La ‘cultura de masas’ es) *más extendida, pero también más epidérmica y fluctuante... un tipo de cultura individual caracterizada por la turbulencia, la ruptura y la confusión... se saben más cosas, pero casi nada sólido, asimilado, organizado... La información disuelve la fuerza de las convicciones y hace más permeables a los individuos, dispuestos a abandonar sin gran desgarro sus opiniones y sus sistemas de referencia. El individualismo neonarcisista, lábil, inestable en sus convicciones..., es el hijo de los media*. (Por tanto), *los media, en conjunción con el consumo, permiten a las sociedades democráticas un ritmo de experimentación más rápido y fluido... superficialización y movilidad del saber, vectores de una potencia superior de transformación colectiva e individual*” (**Op.cit.** pp 259-260).

Creo que es lúcido su análisis sobre el ‘poder nefasto de la TV’ (“... *saltamos de una cadena a otra: todo salvo la entrega intensa*”). Según él son “*la explosión de la información y su reorganización*. En una palabra, *los valores democráticos* (*autonomía, hedonismo psicologismo*) *impulsados por la cultura de masas y, más generalizadamente, por el sistema de la moda plena*” son los causantes del “*individualismo democrático*” (**Op.cit.** p 261).

En efecto, el ‘individualismo democrático’ se expresa a través de los tres ‘valores’ que define como ‘democráticos’: la ‘autonomía’ que hace de cada sujeto un individuo aislado en la seguridad de unos derechos adquiridos; el ‘hedonismo’ que lo fija en la inmediatez del **estímulo-respuesta**, dejándolo ‘harto’ en una saciedad sin trascendencia; y el ‘psicologismo’ que lo encierra en el *Ego íntimo*, desvinculado de cualquier compromiso, haciendo un *hombre público cada vez más corporativista, pragmático, desilusionado*.

Si este es el hombre que genera el ‘individualismo democrático’, es lógico que “*la información... se ha configurado en parte gracias a los imperativos del show y de la seducción*”. No a lo pedagógico o a la instrucción austera y fastidiosa... *La comunicación mediática se organiza bajo la ley de la seducción y la diversión... desde que los media se rigen por los sondeos (Op.cit. pp 262-3)*. Esto, sin embargo, no quiere decir que se pueda considerar como un ‘*montaje*’ que impide el uso crítico de la razón... o ‘*sometimiento al poder*’, sino *democratización del acceso a la cultura y posibilidad ampliada de tener una opinión más libre*. Pero esto tiene unos límites...: *si bien incrementa la suma de conocimientos, no ocurre lo mismo con la capacidad de síntesis y de perspectiva respecto a los datos recibidos (Op.cit. pp 265-6)*.

La trampa es sutil: la propia opinión está garantizada, pero se nos priva de rigor, de síntesis, de perspectiva. Lo único que soporta nuestro ‘hedonismo’ es lo que de alguna forma ‘seduce’ y ‘divierte’. Como argumente más adelante, *la cultura lista-para-consumir y la estructura sin reciprocidad de los media cortan la comunicación social, la discusión entre los individuos, que son meros consumidores pasivos, irresponsables y sin iniciativa... Consumimos mensajes, ya no hablamos... La era de las comunicaciones de masa supone deterioro de la comunicación humana (Op.cit. p 267)*.

Sin embargo *la seducción* (de la información) *no suprime la práctica de la razón, sino que la amplía y universaliza al tiempo que modifica su ejercicio*. En efecto, *provoca una dinámica de interrogación acerca de todos los problemas de la vida pública e individual...: lejos de ahogar el debate público, los media lo alimentan y lo sitúan en el espacio democrático del cuestionamiento sin fin*. Ahora bien, estos ‘debates’ *plantean los distintos conflictos de valores propios del mundo moderno, enfrentando las normas de eficacia, de igualdad y de libertad... Al tiempo que logran producir el consenso, los media ahondan las diferencias de perspectiva, la seducción integra al público en la sociedad contemporánea en tanto desarrolla la crítica y la polémica civil (pp 268-9)*.

Pero no olvidemos que los ‘valores democráticos’ eran la ‘autonomía’, el ‘hedonismo’ y el ‘psicologismo’, y la función crítica surge de una razón ‘individual’, sin capacidad de ‘síntesis’, al mismo tiempo que las normas que rigen este ‘debate’ son la ‘eficacia’, la ‘igualdad’ y la ‘libertad’. Lo único que estos presupuestos pueden alcanzar es el **consenso** al mismo tiempo que las **diferencias de perspectiva**, dos logros irrenunciables del **individualismo democrático**.

Y aquí nos encontramos con un fenómeno preocupante: *Al igual que los objetos y la cultura de masas, los grandes discursos de la razón se hallan atrapados por la irresistible lógica de lo Nuevo..., lo que al parecer lleva consigo que el mundo de la conciencia se halla bajo el orden de lo superficial y lo efímero... Sin embargo, no estamos viviendo el fin de las ideologías; ha llegado el momento de su reciclaje en la órbita de la moda (Op.cit. p 270)*.

Qué duda cabe que hay una ‘lógica de lo Nuevo’, pero lo más penoso de esta lógica es que afecta al *mundo de la conciencia*, que queda sometida al *orden de lo superficial y de lo efímero*. Lo ‘Nuevo’ decide, pero ¿puede llamarse **conciencia**? A una ‘fiebre’ sucede otra *con la misma fuerza epidérmica*. *Al final se cambia de mujer o de coche; los sistemas de representación se han convertido en objetos de consumo y funcionan virtualmente con la lógica de la veleidad y del kleenex* (**Op.cit.** p 271).

La descripción, por desgracia, es correcta. La veleidad impera en el comportamiento, pero se sigue hablando de ‘conciencia’. ¿Qué sentido tiene? Si el hombre no se remite a la conciencia deja de serlo. El problema está en qué se entiende por conciencia. Una conciencia que no interpela no es tal. Cuando alguien utiliza ‘su conciencia’ para ‘justificarse’, pierde toda credibilidad. La conciencia nos compromete y complica, en una palabra, nos **trasciende**. Sin embargo, los discursos actuales sobre la conciencia, en muchas ocasiones, no pasan de ser coartadas llenas de cinismo, refugios del ‘antojo’ de turno en los que nos parapetamos desde una autonomía narcisista.

Y aquí convendría hacer un paréntesis y recoger lo que **Lipovetsky** dice a lo largo de esta obra en torno a una ‘conciencia’ que constata estar ligada a la ‘moda’.

Ya veíamos cómo en el prólogo a la obra que nos ocupa presentaba la siguiente paradoja: “*La moda plena vive de paradojas; su inconsciencia favorece la conciencia, sus locuras el espíritu de tolerancia, su mimetismo el individualismo, su frivolidad el respeto por los derechos del hombre....*” (**Op.cit.** p 20). Pero más adelante llega a afirmar que “*como un zoom permanente, la información en las democracias libera el espíritu de los límites de su mundo particular, actúa como motor de las conciencias, multiplica las ocasiones de comparación, que como dice **Rousseau**, desempeña el papel principal en el desarrollo de la razón individual*” (**Op.cit.** p 255). Más aún, dicha información “*individualiza las conciencias... conforma una conciencia cada vez más ajena a las interpretaciones ‘religiosas’ del mundo y a los discursos proféticos y dogmáticos*” (**Op.cit.** p 256-7). Por último, acabamos de aludir a que está *bajo el orden de superficial y lo efímero* (**Op.cit.** p 270).

En resumen, nos encontramos con una ‘conciencia’ favorecida por la ‘inconsciencia’, cuyo ‘motor’ es la ‘información’ que a su vez la ‘individualiza’, desligándola de toda referencia ‘religiosa’, ‘profética’ o ‘dogmática’, quedando de este modo sometida a lo ‘superficial’ y ‘efímero’ de la moda. ¿A qué responde este referente? ¿De dónde ha surgido? Páginas más adelante afirmará que esta dependencia de la ‘moda’ no ‘homogeneizará’ la conciencia ‘masificándola’ sino que entra en “*un proceso de amplia diferenciación y de bricolage intelectual a la carta*” (**Op.cit.** p 297) porque la *autoridad* de la moda *no es dirigista*, es decir, *no es un obstáculo para la autonomía de las conciencias*, sino que *es condición de un movimiento de masa hacia las Luces*. *Pensar sin el auxilio de los demás, al margen de un clima intelectual e ideológico nutriente, en rigor carece de sentido*. Y trae una cita de **Tocqueville**: “*Es pues siempre necesario, pase lo que pase, que la autoridad se halle en alguna parte del mundo intelectual y moral. Su lugar es variable, pero necesariamente ocupa un lugar. La independencia individual puede ser más o menos grande, pero no podría subsistir sin límites*” (**Op.cit.** pp 297-8).

Es decir, parece que no puede haber ‘conciencia’ sin un ‘nutriente’ ‘intelectual’ o ‘ideológico’ donde radique la ‘autoridad’ del ‘mundo intelectual y moral’, y **Tocqueville** avala esta afirmación con una frase clave para el problema que nos ocupa: la ‘independencia individual’ necesita ‘límites’. El problema será quién los pone.



Hasta aquí de acuerdo. El interrogante surge cuando reconoce que *“en las épocas en que domina la moda, el pasado tradicional deja de ser objeto de culto, el momento actual magnetiza las conciencias mientras que el prestigio recae en las novedades: se venera el cambio, el presente...”* (Op.cit. pp 301-2). Pero este ‘pasado tradicional’ no sólo ‘deja de ser objeto de culto’, lo cual es de agradecer, sino que como más adelante afirma *“el espíritu de tradición está colectivamente muerto; el presente dirige nuestra relación con el pasado, del que sólo conservamos lo que nos “conviene”, esto es, lo que no está en flagrante contradicción con los valores modernos, con los gustos y la conciencia personales. La época de la tradición ha terminado, minada por el desarrollo de los valores y aspiraciones individualistas. Las tradiciones han perdido su autoridad y su legitimidad incontestadas; lo primero es la unidad individual, soberana y autónoma, y ya ninguna regla colectiva tiene valor en sí misma si no es admitida expresamente por la voluntad del individuo. En estas condiciones, las tradiciones se disuelven en un proceso de personalización, y tienen el encanto de un pasado superado y retomado no tanto por respeto a los antepasados como por juego y deseo de afiliación individualista a un determinado grupo. Paradójicamente, las tradiciones se vuelven instrumentos de la afirmación individualista: ya no son las normas colectivas las que se imponen al yo, sino el yo el que se adhiere deliberadamente a ellas, por voluntad privada de asimilarse a tal o cual grupo, por gusto individualista de ostentar una diferencia, por deseo de tener una comunicación privilegiada con un grupo más o menos restringido”* (Op.cit. pp 306-7).

La ‘tradición’ está ‘colectivamente muerta’, ‘ha terminado’, ‘ha perdido su autoridad y su legitimidad incontestadas’, es decir, el **pasado** ha perdido significado en sí. Pero esta muerte no es un final sin más como puede serlo el de cualquier ser vivo, sino que ha sido suplantado por el **presente**. Éste ha asumido la ‘autoridad’ y ‘legitimidad’ que recaía en las tradiciones (¡y en algún sitio tiene que residir la autoridad y legitimidad que fundamente ‘nuestro mundo intelectual y moral’, nos recuerda **Tocqueville!**), convirtiéndose en el que ‘dirige nuestra relación con el pasado’. Pero es un presente no sólo desconectado del pasado sino que no necesita de un **futuro** dinamizador. ¿Qué es lo que hace posible este aislamiento?

Como el mismo **Lipovetsky** observa, *las tradiciones se disuelven en un proceso de personalización*, personalización que hay que interpretar en el sentido que él da a este término y que con sus mismas palabras podríamos definir como *la unidad individual, soberana y autónoma*. El individuo es el centro como único punto de referencia absoluto. El pasado deja de vivirse como raíces para convertirse en oferta de anticuario y el futuro no pasa de ser la novedad que rompe la monotonía de la cotidianidad, pero nunca un horizonte de sentido, una meta.

Veamos el alcance de esta ‘unidad individual’: *“ya ninguna regla colectiva tiene valor en sí misma si no es admitida expresamente por la voluntad del individuo”*; *“...sólo conservamos lo que nos ‘conviene’, esto es, lo que no está en flagrante contradicción con los valores modernos, con los gustos y la conciencia personales”*. Una ‘conciencia personal’ cuya legitimidad y autoridad residen en ella misma, al mismo tiempo que se agota en el ‘presente’ al quedarse sin raíces ni horizonte.

Conviene recordar lo que el mismo **Lipovetsky** formulaba en **La era del vacío**, *“...esa nueva conciencia cool y desenvuelta, muy parecida a la conciencia telespectadora, captada por todo y nada, excitada e indiferente a la vez, sobresaturada de informaciones, conciencia opcional, diseminada, en las antípodas de la conciencia voluntaria, ‘intra-determinada’*. El

*fin de la voluntad coincide con la era de la indiferencia pura, con la desaparición de los grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse: todo y ahora y no ya 'per aspera ad astra'. 'Disfrutad', leemos a veces en las pintadas; no hay nada que temer, el sistema se encarga de ello, el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales según el mismo proyecto de desagregación que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas" (pp. 56-57).*

Sólo una conciencia 'voluntaria' estará 'intra-determinada'. Pero, según **Lipovetsky**, la 'conciencia personal', aunque su 'legitimidad y autoridad' residen en ella misma, tiene como única referencia la 'moda plena'. Si hay carencia de raíces (pasado) al mismo tiempo que de 'grandes objetivos y grandes empresas por las que merece la pena sacrificarse' (futuro), el 'Yo' queda 'pulverizado en tendencias parciales'. Es decir, ¿se puede hablar de una 'voluntad del individuo' encargada de sancionar cualquier 'regla colectiva'? ¿No acaba de decirnos que no hay posibilidad de 'voluntad', de conciencia 'intra-determinada'? Es la 'era de la indiferencia pura', del 'Yo pulverizado en tendencias parciales'.

Y si no hay 'voluntad' ¿qué queda? Los 'valores democráticos': 'autonomía (conciencia opcional diseminada), hedonismo (**estímulo-respuesta**) y psicologismo' (incapaz de objetivar ni ser objetivada, es decir, de realizarse). Si la 'independencia individual' necesitaba 'límites' (**Tocqueville**) y 'no se puede pensar sin el auxilio de los demás, al margen de un clima intelectual e ideológico nutriente' (**Lipovetsky**), ¿dónde están, tanto los 'límites' como el 'nutriente' de esta 'conciencia personal? Son preguntas que no podemos dejar de hacernos.

En efecto, hemos llegado a una *autonomía individual*, pero esto no quiere decir que hayamos alcanzado una madurez personal capaz de responsabilizarse ante la colectividad, capaz de trascenderse. *"No se actúa en función del interés superior de la totalidad colectiva, se exige poder autodeterminarse y ser un centro libre, se rechaza la aceptación de ciertos límites a nuestra capacidad de iniciativa y a nuestro deseo de responsabilidad estrictamente individual. Estas distintas acciones han aparecido como un eco a la explosión del gusto por la independencia masivamente extendido en el consumo, en la vida en pareja, en la sexualidad, en los deportes y en el ocio. Que las acciones se hayan realizado colectivamente no quita nada al hecho de que sus resortes han sido de la misma naturaleza que los que animan los movimientos privados a la busca de una autonomía subjetiva y cuyo origen directo se encuentra en la generalización social de la forma moda." (Op.cit. p 317).*

Desde esta perspectiva no deben extrañarnos las constataciones que **Lipovetsky** hace tanto en el prólogo como al final de **El imperio de lo efímero**. Los resultados están ahí: personas 'más desestructuradas', 'más inestables', 'más influíbles', 'más dispersas', 'más superficiales', 'menos meditativas' (cfr. **Op.cit.** pp 18-9). *'La euforia de la moda tiene como contrapartida el desamparo, la depresión y la confusión existencial', con 'mayor inquietud de vida' y 'más crisis íntimas. Esta es la grandeza de la moda, que le permite al individuo remitirse más a sí mismo, y esta es la miseria de la moda, que nos hace cada vez más problemáticos para nosotros mismos y para los demás' (Op.cit. p 324).*

Estas irrefutables constataciones tienen que interpelarnos. Nos preguntábamos si los 'callejones sin salida' en los que nos encontramos eran 'sorpresa o consecuencia'. Una vez más tenemos que reconocer que no es casualidad lo que vivimos. Pero posiblemente ahora toquemos fondo en nuestro análisis. Si la 'conciencia' que nos ha quedado está 'bajo el orden de lo superficial y lo efímero' fruto de un 'bricolage intelectual a la carta', sin raíces ni metas sino aislada en una 'autonomía' narcisista que la fija en un presente 'estimulante', no sé qué

resultado queríamos alcanzar. En efecto, nos encontramos con un individuo sin trascendencia, sin voluntad, sin capacidad de compromiso, en una palabra **sin conciencia propia**. La afirmación de **Lipovetsky** de que lo jurídico ha suplantado lo ético, tendría su concreción en lo que nos ocupa y habría que decir que el **estado de derecho** ha suplantado la **conciencia**.

Ahora podemos seguir con el razonamiento de **Lipovetsky** donde lo dejamos. Ante una ‘lógica de la veleidad’, constata lo siguiente: *“He aquí la paradoja del objetivo de la moda: mientras la sociedad democrática es cada vez más inconstante en materia de discursos de inteligibilidad colectiva, es, al mismo tiempo, cada vez más constante, equilibrada y firme en las bases ideológicas de fondo”*, pero esto *“...sólo tiene sentido en la época democrática en la que reinan un consenso y una vinculación fuerte, general y duradera, referida a los valores fundamentales de la ideología moderna: la igualdad, la libertad, los derechos del hombre”*.. (**Op.cit.** p 271).

Es decir la firmeza está en ‘los valores de la ideología moderna: o como afirma en un párrafo posterior: *la ideología individualista*. Unos ‘valores’ que, por tanto, no giran en torno a una ‘inteligibilidad colectiva’ sino al ‘consenso’ (¿el consenso asegura la inteligibilidad?) y a una ‘vinculación’ que lo único que pretende es ‘la igualdad, la libertad y los derechos del hombre’. Todos ellos, valores que no ponen en cuestión el individualismo sino que lo consolidan, porque los tres se viven desde la **exigencia**, no desde la **responsabilidad**; desde el **aislamiento**, no desde el **compromiso**.

Pero aquí nos encontramos con lo que podríamos considerar los ‘sofismas’ de **Lipovetsky**: *“... Mientras que el reino heroico de la ideología exige la abnegación, e incluso la absorción de las individualidades, el de la moda descansa en la exigencia de bienestar inmediato de las personas; mientras que la ideología genera ortodoxia y escolástica, la moda viene acompañada de pequeñas variaciones individuales y de configuración fluctuante; mientras que la ideología es maniquea, separa a los buenos de los malos, escinde lo social y exagera los conflictos, la moda supone pacificación y neutralización de los antagonismos..”*. (**Op.cit.** p 271).

Es evidente que ‘el reino heroico de la ideología engendra **abnegación**’, mientras el de la ‘moda descansa en exigencia de **bienestar inmediato** de las personas’, y en un debate público que apunta al ‘consenso’, dominado por un ‘individualismo hedonista’ no hay posibilidad de opción: la ‘inmediatez’ de un ‘bienestar’ (¿posible!, el **can do**), instalado en el **estímulo-respuesta** no tiene competidor. Pero entramos en la más estricta demagogia si aludimos a los otros términos contrapuestos: frente a la **ortodoxia** y la **escolástica** de la ‘ideología’ (pero no olvidemos que también habla de ‘ideología individualista’), tenemos las **variaciones individuales** y lo **fluctuante**; frente al **maniqueísmo** de la ideología (por un lado los ‘buenos’, por otro los ‘malos’) que ‘escinde lo social y exagera los conflictos’, la moda **pacífica** y **neutraliza los antagonismos**.

La contraposición curiosamente habría que calificarla de ‘maniquea’. Desde la sensibilidad actual no hay alternativa posible: si por un lado nos encontramos con ‘abnegación’, ‘ortodoxia’, ‘escolástica’ y ‘maniqueísmo’, la moda nos asegura ‘bienestar inmediato’, ‘variedad fluctuante’ y ‘pacificación’. Pero ¿esto es tan simple? ¿Puede a la larga la sociedad ser solidaria desde la exigencia de un bienestar que priva de lo necesario a tres cuartas partes de la humanidad? ¿Puede tener identidad desde la fluctuación?, y una pacificación que consiste en evitar el conflicto ¿puede superar las injusticias y abusos?

Pero dejemos que sea el mismo **Lipovetsky** el que saque las consecuencias: “...*Ya no tenemos megasistemas, queda la fluctuación y versatilidad de las orientaciones. Poseíamos la fe, ahora tenemos el entusiasmo. Después de la era intransigente y teológica, la era de la frivolidad de la razón: las interpretaciones del mundo han sido liberadas de su anterior gravedad y han entrado en la atrevida embriaguez del consumo y de servicio al minuto... Esa inestabilidad no concierne únicamente al hombre de la masa, sino también a la clase política, como lo demuestra la corriente liberal reciente. No concierne únicamente al individuo ordinario, sino a la propia clase intelectual, como lo demuestran elocuentemente las repetidas piruetas de algunas de nuestras starlettes hexagonales...*” (**Op.cit.** p 273). Y en la página siguiente nos encontramos con una frase preocupante: “*Siempre dispuestos al cambio, la constancia se ha convertido en una cosa antigua*”. Las “*finalidades superiores*” pueden movilizar de forma pasajera, pero han sido “*reemplazadas por la larga búsqueda de la felicidad privada*” (**Op.cit.** p 274).

‘Entusiasmo’, ‘frivolidad de la razón’, ‘consumo’ y ‘servicio al minuto’, frente a la ‘fe’, la ‘intransigencia’, la ‘teología’, las ‘interpretaciones del mundo’ llenas de ‘gravedad’. Una disyuntiva sin posibilidades en una cultura de masas hedonista. Esto se traduce en política en la ‘corriente liberal’ y en las ‘piruetas’ de la ‘clase intelectual’. Pero lo grave de una crisis es cuando se han perdido los resortes para salir de ella. Éstos tienen fuerza si se los valora. Si la ‘constancia’, imprescindible de cara a cualquier identidad, ha dejado de valorarse, ¿cómo no vamos a ser ‘más inestables’, ‘inflúbles’, ‘confusos’, ‘superficiales’? (**Op.cit.** pp 18-9). ¿Y si lo que podría darnos un ‘sentido’, una ‘finalidad’ ha sido suplantado por ‘la larga búsqueda de la felicidad privada’, ¿cómo no sentir ‘inquietud’, ‘desamparo’, ‘crisis íntimas’... (**Op.cit.** p. 324)? Sin constancia no hay estructuración posible en la persona, y una felicidad que se agota en lo privado, asfixia.

Es una “*inconstancia (que provoca) la inestabilidad de las movilizaciones y apasionamientos*”. Detrás está “*la primacía del individuo sobre la doctrina. Ya nada exige el autosacrificio, los discursos están abiertos a un debate flexible, a la rectificación y a la revisión no desgarradora de los principios; la forma moda pone de manifiesto el objetivo final de la razón y de las mentalidades*” (**Op.cit.** pp 274-5). Es la conquista del *individualismo democrático*, la *conquista de la autonomía*, lo cual acelera el desarrollo de las democracias (cfr. **Op.cit.** pp275-6).

‘Mayo del 68’ es sin duda el movimiento emblemático de todo lo que vivimos: “*sin objetivo ni programa definidos, el movimiento fue la insurrección sin futuro, una revolución en el presente que testimoniaba a la vez el declinar de las escatologías y la incapacidad de proponer una visión clara de la sociedad venidera. Sin proyecto explícito y sustentado por una ideología espontaneista, Mayo del 68... se organizó conforme al eje temporal de la moda, el presente, en un happening más parecido a una fiesta que a los días que conmueven el mundo. La primavera estudiantil ni propuso ni edificó con seriedad; criticó, discursó, reunió a la gente en las calles y las aulas, perturbó las certidumbres y reclamó ‘la insurrección de la vida’, el ‘todo y enseguida’ y la realización total de los individuos contra las organizaciones y las burocracias. Vivir sin trabas aquí y ahora, en el estallido de las jerarquías instituidas, Mayo del 68 estuvo dirigido por una ideología individualista ‘libertaria’, hedonista y comunicativa, en las antípodas de la autonegación de las revoluciones anteriores. El presente colectivo y subjetivo fue el polo temporal dominante de Mayo del 68, primera revolución-moda en que lo frívolo prevaleció sobre lo trágico, y donde lo histórico se unió con lo lúdico...*”. (**Op.cit.** pp 277-8).

Todo tiene su lógica: la **constancia** supone un **presente** enraizado (en el **pasado**) y abierto a una tarea, un sentido (con **futuro**). Si ‘el eje temporal de la moda’ es el ‘presente’, tanto ‘colectivo’ como ‘subjetivo’, vivido como una ‘fiesta’ ‘sin trabas’, ‘todo y enseguida’, genera ‘una ideología individualista’, y en cuanto tal ‘libertaria, hedonista y comunicativa’. En efecto en el **individualismo** no hay cabida para la **libertad** (que siempre supone riesgo) sino la ausencia de límites (lo ‘libertario’), como tampoco la hay para el **sacrificio** por lo que ‘merece la pena’, sino el ‘bienestar’, el placer (hedonismo), ni por último para el **compromiso** sino la mera comunicación ‘festiva’.

**Lipovetsky** todo lo hace girar en torno al ‘espíritu del 68’ que define así: “...*Hemos asistido a un fenómeno sorprendente: durante algunos años, la contestación y la Revolución han funcionado como signos de moda, manifestaciones in acompañadas de un exceso de ostentación, de verbalismo irrealista que todo lo denunciaba, clamando por la liberación total en nombre de Marx, Freud, Reich... Es mucho más exacto considerar el Mayo del 68 un movimiento de moda que un fenómeno que ha abierto un nuevo período en la historia universal*” (Op.cit. p 278). Y da una explicación a este ‘fenómeno sorprendente’: “...*Podemos relacionar la insurrección de los sixties con el aumento de la población escolarizada, con la prolongación de los estudios y con una vida adolescente y posadolescente inactiva, irresponsable y separada del mundo real del trabajo*” (Op.cit. p 278).

Siendo esto verdad, sin embargo, insiste a continuación que “*la época hedonista de la Moda y el culto a la expansión íntima que impulsa, fueron los vectores de la agitación de los años sesenta y principios de los setenta, agitación que se produjo en la juventud como grupo menos sometido a las viejas formas de socialización, y que asimiló más rápida, directa e intensamente las nuevas normas de vida... En lo más profundo, se trató de una revuelta consistente en reconciliar y unificar una cultura consigo misma y con sus nuevos principios básicos. No una “crisis de civilización”, sino un movimiento colectivo para librar a la sociedad de las normas culturales rígidas del pasado y dar a luz una sociedad más dúctil, más diversa, más individualista y conforme con las exigencias de la moda plena*” (Op.cit. pp 278-9).

Son, pues, las exigencias de ‘la moda plena’ las que han decidido. Y el programa, ‘librar a la sociedad de las normas culturales rígidas del pasado’. Dónde puede llevar esta dinámica es algo que no entra dentro de sus planteamientos. “*Ha sido el estilo de vida lúdico-estético-hedonista-psicologista-mediático el que ha minado la utopía revolucionaria y ha descalificado los discursos que predicaban la sociedad sin clases y el futuro reconciliado. El sistema final de la moda estimula el culto de salvación individual y de la vida inmediata, sacraliza el bienestar privado de las personas y el pragmatismo de las actitudes, resquebraja las solidaridades y conciencias de clase en beneficio de reivindicaciones y preocupaciones explícitamente individualistas. El imperio de la seducción ha sido el eufórico sepulturero de las grandes ideologías...*” (Op.cit. p 279).

Una vez más, la contraposición es llamativa: frente a una ‘sociedad sin clases y un futuro reconciliado’ se impone ‘el estilo de vida lúdico-estético-hedonista-psicologista-mediático’. El ‘bienestar privado’ y las actitudes ‘pragmáticas’ pretenden salvar al ‘individuo’ y garantizar el logro ‘inmediato’ frente a ‘las solidaridades y conciencias de clase’. Esta situación suscita interrogantes: “*Vaciadas de creencias en las grandes causas e indiferentes a los grandes proyectos de edificación colectiva, ¿no son las democracias muy frágiles y vulnerables a las amenazas externas, habitadas como están por el espíritu de capitulación? Bajo el reino de la Moda, se extinguen los fervientes militantes: ¿no es éste un fenómeno*

*propicio, en ciertas circunstancias, al establecimiento de regímenes fuertes? ¿En qué se transforman el espíritu de libertad, el coraje frente a los peligros, la movilización de energías, en una sociedad sin una finalidad superior y obsesionada por la búsqueda de la felicidad privada?” (Op.cit. p 280).*

Sin embargo, **Lipovetsky** defiende que “no es legítimo deducir apresuradamente la degeneración del espíritu democrático, atrofiado por la inconsistencia de las convicciones...; la debacle de las ideologías heroicas no conduce en absoluto a la cobardía general, a la parálisis de los ciudadanos o al rechazo de la guerra...”, para más adelante afirmar que “*el homo democraticus no sueña ciertamente con sacrificios heroicos y grandes gestas, pero no por ello se hunde en la dejadez, la inconsciencia de la capitulación y del presente inmediato*”, y pone como ejemplo el rechazo al terrorismo. (Op.cit. pp 280-1).

En realidad el único ‘valor’ que aquí prevalece es la **seguridad**. Una seguridad amenazada no la soporta el hombre de hoy, como tampoco la soporta el niño. Pero la seguridad no es un valor sino una circunstancia que por otro lado no depende en última instancia del que quiere gozar de ella, de ahí la alusión al *si vis pacem, para bellum*. Todo lo que no sea ‘garantizar’ una ‘paz’ que no va más allá de la tranquilidad, carece de relieve. Pero “*en un mundo más relativista, sin fe histórica ardiente, el respeto a las instituciones prevalece sobre la subversión, la violencia política no atrae ya adeptos y se torna colectivamente ilegítima...; por primera vez desde la llegada de la época democrática, los hombres han abandonado la utopía social y dejado de soñar en una sociedad distinta. Aparentemente los caracoleos de la Moda desestabilizan las democracias, pero en realidad las refuerzan y las hacen más estables y más impermeables a las guerras santas, menos amenazadas desde el interior, menos vulnerables a los delirios histéricos de la movilización total.*” (Op.cit. p 281). Y es que el miedo aglutina más que ningún otro sentimiento. No organizaremos ‘guerras santas’, pero podemos exigir ‘guerras preventivas’. No olvidemos que el único argumento que se esgrime contra dichas guerras es, que, no sólo no ‘previenen’ sino que crean más inseguridad.

Es decir, el relativismo que vive nuestra sociedad lo contamina todo, menos al individuo: los “*conflictos de sociedad*”, que siguen surgiendo, “*dan fe del hecho de que la sociedad civil no es tan pasiva como dicen y que interviene más directamente y más espontáneamente en los asuntos que conciernen a la vida de los individuos y las familias. Menos limitada por pesados dogmas, más móvil y más vinculada a la calidad de vida y a las libertades individuales, la sociedad es más libre de intervenir, más capaz de presionar al Estado, más apta para expresar sus aspiraciones al margen de las organizaciones políticas y sindicales tradicionales. La ausencia de fidelidad ideológica que nos caracteriza da lugar al estallido de más conflictos, a una mayor proximidad de los ciudadanos a sus asuntos inmediatos y a menos poder arrogante de sus escasas mayorías electorales... las manifestaciones de masa en torno a problemas sociales no suponen una degradación de la vida democrática,*” sino que “*la enriquecen forzando a la autoridad central a no gobernar tanto desde las alturas y a tener en cuenta las múltiples aspiraciones que componen el todo colectivo. La sociedad se hace oír más y el poder público debe aprender a imaginar soluciones menos tecnocráticas y más flexibles, menos autoritarias y más diversas, en consonancia con el abierto mundo individualista contemporáneo*” (Op.cit. pp 281-2).

Es decir, la ‘sociedad civil’ sigue interviniendo en asuntos referentes a los ‘individuos’ o a las ‘familias’, de cara, sobre todo, a la ‘calidad de vida y a las libertades individuales’, al margen de planteamientos ‘políticos’ o ‘sindicales’. Paradójicamente, hoy día hay más ‘control’ de la sociedad sobre el Estado, pero un control por ‘presión’ (¡el pueblo unido jamás será vencido!)

y, en este sentido, ‘la autoridad central’ no le será tan fácil ‘gobernar desde las alturas’ (cosa que en principio es de agradecer). Sin embargo, las ‘soluciones’ que ese gobierno de ‘escasas mayorías electorales’ se verá forzado a dar, no tienen por qué ser ‘serias’, sino simplemente han de estar ‘en consonancia con el abierto mundo individualista’. Esto será más democrático, pero ¿garantiza ser más humano, más solidario, más responsable? Lo que de aquí surja habrá que llamarlo ‘cultura de masas’, no son ‘personas comprometidas’ las que la han posibilitado sino personas movidas por intereses individualistas.

**Lipovetsky** describe el resultado con la precisión que le caracteriza: “*Ayer lo que se llevaba eran las utopías, hoy se oscila entre el pragmatismo y el realismo gestor*”. Son “*los valores individualistas competitivos*” los que deciden. Es “*la hora de la eficacia y del balance contable*” (**Op.cit.** pp 282-3). La “*apatía política*” de la “*mayoría silenciosa... opta por lo privado.*” Es la pasión por todo lo que “*exalta al individuo libre*”, es la “*pasión por la moda*”. “*Sin la seducción de lo nuevo, las ideas liberales no hubieran podido alcanzar jamás tan rápidamente una audiencia semejante...*” (**Op.cit.** pp 284-5), una seducción que no apunta tanto al “*reconocimiento social*” cuanto a “*una nueva estructura de la relación interpersonal donde el Ego prevalece sobre el reconocimiento social, donde la aspiración individual a la felicidad, y a la propia expresión, y hace retroceder la inmemorial primacía del juicio del Otro (honor, derroche ostentoso, standing, rango social, etc...)...*” En una palabra, “*Narciso prefiere seducir que ser admirado, quiere que se hable de él, que se interesen por él y que se le escoja... ‘Necesito ser amado’...*”. Es un “*narcisismo más atento a sí mismo y a las vibraciones íntimas que a la jactancia...*” (**Op.cit.** pp 286-7). No nos engañemos, “*el individualismo narcisista que nos domina, hostil a las grandes profecías y ansioso de hiperrealidad, ha constituido el suelo nutriente del renacimiento liberal*” (**Op.cit.** p 289). El diagnóstico es lúcido.

Pero a continuación aborda un fenómeno chocante en este contexto: el **neoconservadurismo**. Aquí su diagnóstico está entreverado de aciertos y tópicos. “*Asistimos a una reacción contra la moral permisiva, contra la “destrucción” de la autoridad y de la familia, contra la mezcla de razas y el “suicidio” de la nación, contra la “decadencia” de Occidente, cuya responsabilidad se atribuye al reino desbocado de la moda total*”.

La descripción es certera, pero su explicación no lo es tanto: además de la “*voluntad de seguridad, la moral majority es ante todo el resultado de un fundamentalismo religioso que la moda plena no ha conseguido erradicar...*” Se trata... de una supervivencia religiosa intolerante”. Y más adelante se lamenta: “*El imperio de la moda no ha llegado aún a ser meta; aunque ha eliminado muchos escollos y ha emprendido en pocos años una reivindicación individualista sin igual. En las sociedades con un sentimiento puritano profundamente arraigado, el proceso de la moda ha topado con unas convicciones y una fe intransigentes que no ha conseguido vencer*”. No obstante, “*no nos apresuremos a invocar un absoluto religioso impermeable al siglo: el tiempo debe tomarse en consideración; los efectos culturales de la moda extensa sólo datan de unos pocos decenios.*” Sin embargo, no invoquemos tampoco el poder omnipotente del reino de la moda: nada indica que consiga algún día hacer oscilar la esfera de las creencias hacia el orden puro de lo consumible y lo versátil”. Y concluye: “*Podemos pensar razonablemente en favor de la dinámica irreversible de la moda que el integrismo será cada vez menos compartido, cada vez menos dominante en las democracias modernas. Pero no es seguro que nunca pueda desaparecer*” (**Op.cit.** pp 290-2).

Lo paradójico en **Lipovetsky** es su facilidad en pasar de datos objetivos irrefutables y preocupantes a tópicos simplistas. ¿Qué alternativa ofrece al “*maremoto emancipador anterior, de la desintegración de las identidades sociales y la ansiedad individual y colectiva que transmiten*”? ¿Puede la ‘sociedad’, a la larga, soportar la ‘desintegración’ de sus distintas ‘identidades’, o la persona sobrevivir en una ‘ansiedad’, no sólo ‘individual sino ‘colectiva’? Con decir que lo religioso es ‘integrista’, ‘intransigente’ queda descalificado, pero ¿cómo recuperamos las ‘identidades sociales’ y el equilibrio personal? Nada se ofrece, pero parece que tampoco hay datos que auguren una respuesta satisfactoria, como reconoce al final de su obra.

Sin embargo alude a un sentimiento que surge en esta *sociedad hiperindividualista*: “*el miedo es consustancial al individuo pacífico y desarmado. La angustia por la seguridad no es un antojo, es en cierto modo una constante de la vida democrática...*” No obstante, “*el deseo de seguridad no tiene en modo alguno como contrapartida, la renuncia a las libertades políticas y privadas como temía Tocqueville*” La cosa no es tan clara, y a la larga el miedo puede provocar “*un aumento de las prerrogativas del Estado*” con la consiguiente “*restricción de los derechos de las personas*”, aunque **Lipovetsky** esté tan seguro de lo contrario (**Op.cit.** pp 293-4).

Lo mismo opina respecto al ‘racismo’, aunque en este caso coincido más con su análisis: “*El racismo no tiene la virulencia de antaño, es mucho más contenido y menos agresivo. A muchos no les gustan los extranjeros, pocos aprueban el derramamiento de sangre, no hay relaciones con ellos, pero tampoco se les agrade... Hemos abandonado la temática de la pureza de raza...*” (**Op.cit.** pp 294-5).

A continuación toca un problema clave, del que va a evadirse con el tópico del ‘dogmatismo’ tanto de las ‘religiones’ como de las ‘ideologías mesiánicas’. El párrafo es importante: “*... en tanto los individuos son devueltos una y otra vez a su propio entendimiento, se desarrolla una tendencia adversa que los conduce a contar con la opinión de la masa. Por un lado, un mayor esfuerzo por buscar la verdad en uno mismo; por otro, una mayor inclinación a seguir a ciegas los juicios de la mayoría. En las democracias, la acción de la opinión común sobre los átomos privados ha adquirido una fuerza nueva e incomparable; como la moda, se ejerce no por coerción, sino por la invisible presión de lo cuantitativo. En último extremo, los tiempos democráticos conducen al ‘poder absoluto de la mayoría’, ‘a dejar de pensar’ y a la negación de la libertad individual (Tocqueville)*” (**Op.cit.** pp 295-6). Difícilmente podemos negar esta intuición. Lo que sorprende es la facilidad con la que **Lipovetsky** la descalifica preguntándose “*¿eran más libres las personas cuando religiones y tradiciones conseguían una homogeneización sin resquicios de las creencias colectivas, cuando las grandes ideologías mesiánicas imponían doctrinas dogmáticas sin opción al examen crítico individual?*” (**Op.cit.** p 296).

Lo primero que habría que discutir es el equiparación que hace, sobre todo, entre ‘religiones’ e ‘ideologías mesiánicas’. La autonomía que suscita la experiencia religiosa (reflejada en el ‘santoral’: no hay un santo que se parezca a otro), no es posible en una ideología mesiánica. La oposición que siempre se ha dado dentro de la Iglesia (aun en los tiempos más oscuros de la Inquisición) no es concebible en ningún ‘ideología mesiánica’, pues acaba por destruirla. Por otro lado, el momento en que Tocqueville escribía esto, las ‘religiones’ tenían más vigor ‘sociológico’ que ahora, y no se le ocurre equipararlas. En efecto, la paradójica contradicción de las democracias que él detecta (la exigencia de opinar libremente junto al ‘absoluto de la mayoría’, la autonomía individualista junto a la tiranía de lo ‘cuantitativo’), no tiene nada que



ver con unos ‘conflictos’ que, en el caso de la religión suelen darse a nivel de la conciencia. *De internis neque ecclesia iudicat*. Sin embargo, son las democracias las que el mismo **Lipovetsky** reconoce que están bajo el imperio de la moda. Dicho de otra forma, hay más posibilidad de ‘conciencia’ en la vivencia religiosa que en una sociedad regida por la ‘moda plena’.

Pero veamos cómo describe este fenómeno para constatar la imposibilidad de equipararlo al religioso: *“Bajo el reino de la moda total, el espíritu es menos firme, pero más receptivo a la crítica, menos estable pero más tolerante, menos seguro de sí mismo pero más abierto a la diferencia, a la prueba, a la argumentación del otro... Ya no creciente semejanza de todos, sino diversificación de las pequeñas versiones personales. Las grandes certezas ideológicas se borran en beneficio del estallido de microdiferencias individuales, en favor de las singularidades subjetivas, quizá poco originales, poco creativas y poco reflexivas, pero más numerosas y más elásticas. En el hueco dejado por el hundimiento de los catecismos y ortodoxias, la moda abre la vía de la proliferación de las opiniones subjetivas” (Op.cit. pp 296-7).*

Quizás en esta descripción nos da, sin ser consciente, una clave para encontrar la verdadera diferencia entre la paradoja que Tocqueville encontraba en las democracias y las ‘doctrinas dogmáticas’ que, según Lipovetsky, la religión ‘impone’. Si nos fijamos, en la descripción que acabamos de citar las ‘singularidades subjetivas’ que posibilita ‘el reino de la moda total’, son ‘poco originales, poco creativas y poco reflexivas’. La única ‘ventaja’ que descubre es que son ‘más numerosas y más elásticas’. Frente a los ‘catecismos y ortodoxias’, surgen las ‘opiniones subjetivas’. Y concluye: *‘Nada más falso que representar la moda bajo los rasgos de la unanimidad de las conciencias’*. Pero ¿podemos llamar ‘conciencia’ a algo que se reconoce que no es ‘original’, ‘creativo’ ni ‘reflexivo’, sino sencillamente diferente y variado? Por eso concluye: *“Estamos dedicados al florecimiento de diferencias de opinión grandes y pequeñas; las conciencias, lejos de ser masificadas por la moda, son arrastradas por un proceso de amplia diferenciación y de bricolage intelectual a la carta” (Op.cit. p 297).*

La ‘conciencia’, pues, no es un referente al que la persona se va remitiendo, capaz sin duda de evolucionar, pero que no depende ni de la ‘moda’, ni de que ‘se diferencie’, ni de un ‘bricolage’, por muy ‘intelectual’ que sea. La conciencia es algo que da estabilidad e identidad (¿hay posibilidad de identidad sin cierta estabilidad?). Desde este reducto que nos da consistencia podemos responsabilizarnos. Es decir, ‘las conciencias’ no estarán ‘masificadas’ por la moda, pero ciertamente se han convertido en algo difuminado que funciona más de cara a justificarnos que como ‘juez’ que nos interpela. **¿CITAR CONCILIO?** ¿Qué garantía me da un ‘juro por mi honor’ (se supone que éste remite a la ‘conciencia’), si ésta depende de un ‘bricolage intelectual’ que ha de estar ‘al día’?

Ya aludimos a este callejón sin salida en el que se encuentra esta nueva versión de ‘conciencia autónoma’, cuya ‘autoridad’ no sabemos dónde está y, según Tocqueville, debe hallarse *“en alguna parte del mundo intelectual y moral”*. Cuando la función intelectual se convierte en ‘bricolage’, sin mucha ‘reflexión’, ¿cómo puede albergar algún tipo de autoridad? Si, volviendo a Tocqueville, *“la independencia individual puede ser más o menos grande, pero no podría subsistir sin límites” (Op.cit. p 298)*, ¿dónde están éstos si *“la conquista de la libertad intelectual se puede concebir al margen del modelo prestigioso de la razón arquitectónica, y puede efectuarse en un nivel muy diferente, mucho más empírico gracias a la multiplicidad de las influencias y de su impacto, y por el juego de las diversas comparaciones” (Op.cit. p 298-9)?*, y ‘sin límites’, ¿de qué moral podemos hablar?

El único consuelo es que aunque *“padecemos gran número de influencias, pero ya ninguna es estrictamente determinante y ninguna puede abolir la capacidad de reflexionar sobre uno mismo. El espíritu crítico se extiende en y a través de los mimetismos de moda, en y a través de las fluctuaciones de “opinión”, ésta es la gran paradoja de la dinámica de las Luces; la autonomía es indisociable de los dispositivos de la heteronomía”* (Op.cit. p 299).

Pero ¿cómo es posible esta ‘autoridad’ indiscutible de la moda, aunque no sea impositiva? Gracias a *“una nueva relación con la temporalidad y una nueva orientación del tiempo social. Cada vez más se generaliza la temporalidad que desde siempre ha gobernado la moda: el presente”*. (Op.cit. p 300). Sólo soportamos la provisionalidad. Estamos cargados de hipotecas en una sociedad que exige consumir la última oferta, pero nuestro hedonismo no soporta ‘sentirse hipotecado’ por cualquier compromiso porque puede impedir una ‘oportunidad’ satisfactoria. Es el **presente** infantil del **estímulo--respuesta**. Ahora bien, en una vivencia del tiempo desde un presente ‘con corchetes’, no hay sitio ni para la conciencia ni para la responsabilidad.

Pero esto lleva más lejos: *“Vivimos inmersos en programas breves, en el perpetuo cambio de las normas y en el estímulo de vivir al instante: el presente se ha erigido en el eje principal de la temporalidad social”* (Op.cit. p 300). Y aquí remite a **G. de Tarde** como el primero que consideró la **moda**, cuya temporalidad es el presente, como *“una forma general de carácter social”*. En efecto, *“no existe sociedad sin un fondo de ideas y deseos comunes; lo que establece el nexo de sociedad es la semejanza entre los seres, hasta el punto de que ha llegado a afirmar que ‘la sociedad es la imitación’. La moda y la tradición son las dos grandes formas de la imitación que permiten la asimilación social de las personas. Cuando la influencia de los antepasados da paso a la sumisión hacia las sugerencias de los innovadores los períodos de tradición ceden su lugar a los períodos de moda...”* (Op.cit. p 301).

La cita es sugerente, pero hay que hacerse preguntas. Es verdad que ‘sin un fondo de ideas y deseos comunes’ no hay sociedad. Ahora bien, ¿de esto se sigue que ‘la sociedad es la imitación’? ¿Es correcto denominar con el término ‘imitación’ tanto lo que liga a la tradición como a la moda? ¿Qué diferencia habría entre una imitación y otra? En la tradición hay historia, experiencia, raíces, en una palabra, **pasado**; en la moda sólo **presente**. Lo admitamos o no, nos configura nuestro pasado (la **tradición**) ya sea individual, ya social, y en ese sentido no ‘lo imitamos’ sino que nos sustenta; la **moda**, sin embargo, nos inunda e invade, sintiéndonos ‘al margen’ si no nos incorporamos a sus imperativos: esto sólo lo hacemos a través de la **imitación**. Si la divisa de la moda es *“todo nuevo, todo bueno”* (Op.cit. p 302), desaparece la posibilidad de salir de la ‘red ilegal’.

Si bien **Tarde** reconoce que *“la preeminencia de la tradición es una constante social, un imperativo categórico del nexo de sociedad, y ello sean cuales fueren los cambios y las crisis de la moda”* (Op.cit. p 303), **Lipovetsky** defiende que *“con la moda plena se ha operado una mutación capital en el eje del tiempo social...: por vez primera, el espíritu de la moda domina prácticamente en todas partes sobre la tradición, así como la modernidad sobre la herencia... Esta es la novedad histórica: nuestras sociedades funcionan al margen del poder regulador e integrador del pasado, el eje del presente se ha convertido en una temporalidad socialmente predominante. En todas partes se dan fenómenos de volubilidad y la lógica de la inconstancia, en todas partes se manifiesta el gusto y el valor de lo Nuevo; se trata de normas fluctuantes, reactualizadas sin cesar, que nos socializan y guían nuestros comportamientos... Ya sea en materia de educación, de saber, de higiene, de consumo, de*

*deporte, de relaciones humanas o de ocio, encontramos nuestros modelos aquí y ahora, no detrás de nosotros. El legado ancestral ya no estructura... La moda lleva las riendas porque el pasado legislador ha dejado de regular y porque el amor hacia las novedades se ha vuelto algo general, normal y sin límites, 'la curiosidad se ha convertido en una pasión fatal, irresistible', escribía Baudelaire... la veneración por el pasado inmutable ha sido sustituida por las locuras y las fiebres de moda..." (Op.cit. pp 303-4).*

Si son verdad las afirmaciones que **Lipovetsky** hace, ¡y lo son!, las consecuencias no deben sorprendernos. Si es la 'lógica de la inconstancia' y el 'gusto y el valor de lo Nuevo' lo que impera, si 'normas fluctuantes' son las que 'socializan y guían nuestros comportamientos', invadiendo todos los campos de la cultura, desde la 'educación' al 'ocio', no sé de qué nos extrañamos. Tenemos que reconocer que *"La moda es nuestra ley porque toda nuestra cultura sacraliza lo Nuevo y consagra la dignidad del presente. No sólo en las técnicas, el arte o el saber, sino en el mismo modo de vida restablecido por los valores hedonistas. Legitimidad del bienestar y de los goces materiales, sexualidad libre y desculpabilizada, invitación a vivir más, a satisfacer los deseos y a 'aprovechar la vida', la cultura hedonista orienta a los seres hacia el presente existencial y exacerba los fenómenos de volubilidad y la búsqueda de la salvación individual en las novedades como tantos otros estímulos y sensaciones propicios a una vida rica y plena. El reino del pasado no ha sido abolido; se halla neutralizado, sometido como está al imperativo incuestionable de la satisfacción privada de los individuos"* (Op.cit. pp 304-5).

Nadie puede discutir que lo que describe sea falso. En esta realidad hay un único principio dinamizador: el **hedonismo**. Pero este hedonismo 'impera' porque "**can do**", porque son 'estímulos y sensaciones propicios a una vida rica y plena' que nos los oferta. Es, pues, exacto que el 'pasado' no ha sido 'abolido' sino 'neutralizado', en el sentido de no necesitar de él porque el reino del presente que es el único tiempo que vivimos en la infancia desde el esquema **estímulo-respuesta** sigue siendo válido, no necesitamos raíces que hagan brotar nuestra identidad; ésta sigue agotándose en un presente gratificante, en el **Principio del Placer**. El 'supermercado' sigue abierto y la 'tarjeta de crédito' con fondos...

Pero este **presente** gratificado nos cierra también el paso al **futuro**. Volvamos a nuestro autor. Si bien es verdad que *"...desde hace siglos, nuestras sociedades han iniciado una inmensa "oscilación del tiempo" librándonos de la fidelidad al pasado y dirigiéndonos siempre hacia el futuro. Asociada al desarrollo del capitalismo, de la nación, del Estado, de las ciencias, se ha establecido una lógica temporal inédita:...la organización del porvenir"*. Siendo verdad que. *"...los poderes públicos y económicos se vuelcan en la gestión del futuro, y (que) la referencia al porvenir se ha hecho constitutiva del funcionamiento del Estado y del capitalismo, el espacio interhumano se encuentra cada vez más bajo la dependencia de los decretos del presente... A buen seguro podemos definir la época moderna por su configuración y legitimación del porvenir a condición de añadir que paralelamente se ha desarrollado un tipo de regulación social que garantiza la preeminencia y la legitimidad del presente al mismo tiempo, la orientación hacia el porvenir ha perdido el carácter detallado y preciso que antes le conferían las grandes ideologías mesiánicas y que el totalitarismo aún prorroga. Ya no tenemos una visión clara y concreta del futuro, éste se nos aparece desvaído y abierto; de golpe, la idea de programa político sin más tiende a perder su credibilidad; son necesarias la flexibilidad, la capacidad de guiar y rectificar con rapidez las propias posiciones en un mundo sin una dinámica trazada de antemano... La gestión del futuro entra en la órbita de la brevedad y del estado de urgencia permanente. La supremacía del presente no está en contradicción con la orientación hacia el futuro; ésta no hace sino consumarlo,*

*acentuar la tendencia de nuestras sociedades a emanciparse de las cargas de la herencia y constituirse en sistemas casi ‘experimentales’. El reino del presente pone de manifiesto la debacle de las ideologías demiúrgicas...” (Op.cit. pp 305-6).*

La situación es complicada, porque si ‘la idea de programa político sin más tiende a perder su credibilidad’ es porque en realidad es el **presente** el que cuenta y el **futuro** no tiene nada que exigirle al presente, ni siquiera ‘hipotecarlo’, cuando por otro lado el ‘estado de bienestar’ se fundamenta en las hipotecas. Pero el **Principio del Placer** embriaga y mientras pueda seguir rigiendo nuestra vida (¡y lo puede!), no se plantea en absoluto la necesidad de ser sustituido por el **Principio de realidad**, que exigiría responsabilidad y previsión, que llevan siempre consigo sacrificio y renuncia, conceptos obsoletos y sin sentido en ‘Jauja’.

Esta miopía de cara al **futuro** que confina en lo ‘experimentable’ una Realidad llamada a imponerse, no es tan peligrosa: la Realidad se encarga de ‘pasar factura’ y siempre cobra ‘con intereses’. Es más sutil y tramposa la desconexión con el **pasado**, pues nunca será total y se vive sin la impresión de haber roto. Veamos lo que **Lipovetsky** observa a este respecto: la moda no ‘aniquila’ lo tradicional sino tan sólo le quita “*su poder colectivo restrictivo*”. Y así refiere las numerosas costumbres que perduran, pero éstas no imponen “*reglas de conducta socialmente imperativas*”. Estas normas no penden del ‘grupo’ sino “*de las subjetividades autónomas: seguimos festejando la Navidad, pero ahora en las estaciones de esquí, en las playas del sur o ante las variedades de la pequeña pantalla...*” Es decir, “*el espíritu de tradición está colectivamente muerto; el presente dirige nuestra relación con el pasado, del que sólo conservamos lo que nos ‘conviene’, esto es, lo que no está en flagrante contradicción con los valores modernos, con los gustos y la conciencia personales. La época de la tradición ha terminado, minada por el desarrollo de los valores y aspiraciones individualistas...*”, y termina afirmando que “*las tradiciones se disuelven en un proceso de personalización, y tienen el encanto de un pasado superado y retomado no tanto por respeto a los antepasados como por juego y deseo de afiliación individualista a un determinado grupo. Paradójicamente, las tradiciones se vuelven instrumentos de la afirmación individualista: ya no son las normas colectivas las que se imponen al yo, sino el yo el que se adhiere deliberadamente a ellas, por voluntad privada de asimilarse a tal o cual grupo, por gusto individualista de ostentar una diferencia...*” (Op.cit. pp 306-7).

Nuestro ‘pasado’ se convierte en escaparate, todo lo interesante que se quiera, pero contemplado desde un ‘presente’ regido por ‘los valores modernos’ y los ‘gustos’ y ‘conveniencias’ personales, que más bien habría que denominar individualistas, dada la falta de compromiso de cualquier tipo que puede haber en ellos. La vuelta a tal tradición o costumbre no va más allá de la ‘afirmación individualista’ de cara a ‘ostentar una diferencia’. Es el presente ‘aislado’, incapaz de suscitar una **conciencia personal** ni de posibilitar una **biografía**.

Y es que la teoría de **Trade** del ‘dominio libre y sin trabas de la imitación’ que impone la **moda** no se puede equiparar, como lo hace **Lipovetsky** al “*régimen de la imitación global y cerrada propio de los períodos de tradición*”. La **tradición** no era algo que se ‘elegía’ sino aquello de lo que se partía, en ella nacíamos, nos daba raíces. Era el marco de referencia en el que cada uno tenía que plantearse qué hacer con **su vida**. Sin embargo nuestro autor plantea lo siguiente: “*...el impero de la moda conlleva la personalización de los individuos. En las épocas de tradición, se imita a pocos hombres, pero se les imita en todo. En nuestras sociedades ocurre a la inversa. Debemos citar en su integridad este texto de Tarde, de insuperable acierto: ‘Lo que es realmente contrario a la afirmación personal es la imitación*

*de un sólo hombre, al que se emula en todo; pero cuando en lugar de ceñirnos a uno o algunos, recurrimos a cien, a mil, a diez mil personas, consideradas cada una de ellas en un aspecto particular, elementos de idea o acción que combinamos de inmediato, entonces la naturaleza misma y la elección de estas copias elementales, así como su combinación, expresan y acentúan nuestra personalidad original” (Op.cit. pp 310-1).*

¿Qué quiere decir la ‘personalización de los individuos’? ¿Son más ‘personas’ los individuos gracias al ‘imperio de la moda’? ¿Se reduce la personalidad a ‘ostentar una diferencia’? Cuando **Lipovetsky** habla de ‘conciencia personal’ ¿se refiere a esta ‘diferencia’? ¿‘Nuestra personalidad original’ depende de la cantidad de ‘copias’ que hayamos ‘combinado’? ¿Con qué clase de persona agradecemos encontrarnos? Evidentemente nos divierte y admiramos la originalidad, pero agradecemos la persona de la podemos fiarnos. Ahora bien, no hay posibilidad de confianza hacia quien no tiene una identidad estable. Lo más que podríamos decir es que es una personalidad ‘caleidoscópica’.

Conviene recordar una observación del mismo **Lipovetsky** en **La era del vacío**: “...Para la mayoría, las cuestiones públicas, incluida la ecología, se vuelven ambiente, movilizan durante un tiempo y desaparecen tan deprisa como aparecieron... La indiferencia pura designa la apoteosis de lo temporal y del sincretismo individualista... El posmodernismo no es más que un grado suplementario en la escalada de la personalización del individuo dedicado al self-service narcisista y a combinaciones caleidoscópicas indiferentes”. (pp. 40-41). La ‘pura indiferencia’ todo lo presenta ‘nivelado’ en este gran supermercado para tenerlo en cualquier momento al alcance de la mano. No hay más criterio que el aliciente de cada momento. Como se formula en **El imperio de lo efímero**, “El estado social democrático regido por la moda supone, por un lado la tendencia al eclipse de las pequeñas influencias, sean determinantes o superficiales; es el tiempo de las precarias influencias a la carta” (p 311).

La ‘moda plena’ es el “*fin de la tradición*”. Sin embargo, esto no supone una ausencia de vínculos comunitarios, “*la libertad y la igualdad constituyen una base de ideal común...*” (Op.cit. pp 311-2), aunque nunca creando una “*unanimidad sin fisuras*”. Es decir, “*La era de la moda plena supone todo salvo uniformización de las convicciones y comportamientos. Es verdad que, por un lado, ha homogeneizado los gustos y los modos de vida pulverizando los últimos residuos de costumbres locales, ha difundido los estándares universales del bienestar, del ocio, del sexo, de lo relacional, pero, por otro lado, ha desencadenado un proceso sin igual de fragmentación de los estilos de vida*”. Llegado el caso “*el conflicto es factor de socialización, de inclusión y de cohesión social (Gauchet)...* Los hábitos democráticos son los que nos mantienen unidos y el cemento de nuestra permanencia... en los hábitos reina un relativismo pacificador... El conflicto social está estructurado como la moda, las principales oposiciones coexisten con un gran civismo y todo transcurre como si no se tratara más que de divisiones superficiales: el reino final de la moda inscribe como diferencias marginales lo que en realidad es disyunción de principios” (Op.cit. p 312-5).

Esto lleva a que “*cuando los individuos abandonan su universo estrictamente íntimo y se comprometen en acciones colectivas, sigue privando en todo la lógica individualista... Las acciones sociales reproducen las motivaciones individualistas de la vida privada...*” (Op.cit. pp 315-6). Es decir, los movimientos sociales actuales “*anteponen sobre todo la supremacía de los derechos individuales al todo colectivo... No se actúa en función del interés superior de la totalidad colectiva, se exige poder autodeterminarse y ser un centro libre... como un eco a*

*la explosión del gusto por la independencia masivamente extendido en el consumo, en la vida en pareja, en la sexualidad, en los deportes y en el ocio” (Op.cit. p 317).*

A veces podemos evaluar de forma errónea gestos de la juventud actual como cuando la definimos como “*la generación de la solidaridad*” o la “*generación moral: ...No por estar comprometida con los derechos del hombre, la juventud se ha convertido de la noche a la mañana a la ética generosa de la abnegación, del compartir, de la igualdad... En el último movimiento de alumnos de bachillerato no se ha desarrollado en ninguna parte un combate contra la sociedad competitivo-individualista y sus clamorosas desigualdades; muy al contrario, se trataba de un deseo individualista de integrarse en ella tal cual es, con sus jerarquías y sus injusticias, de no quedarse a sus puertas, de no cerrarse la posibilidad de obtener títulos reconocidos, de situarse mejor en la competición del mercado de empleo, de prosperar en la vida.*”. La cita es dura, pero esta descripción de los ‘bachilleres’ franceses (año 1987) ¿difiere mucho de las aspiraciones que percibimos en la generalidad de nuestros jóvenes? Podemos terminar con **Lipovetsky** afirmando: “*La ‘generación de la solidaridad’ puede casar muy bien con la indiferencia dominante hacia los desheredados y con la sociedad de los negocios, de las carreras y de las satisfacciones privadas*” (Op.cit. pp 317-9).

Esta paradójica contradicción tiene una manifestación más sorprendente y engañosa aún: “*Cuanto más socializados están los hombres en la autonomía privada, más se impone el imperativo de los derechos del hombre; cuanto más avanza la sociedad hacia el individualismo hedonista, más aparece la individualidad humana como valor último; cuanto más se hundan los megadiscursos históricos, más se erigen en absolutos la vida y el respeto hacia las personas; cuanto más retrocede la violencia en los hábitos, más se sacraliza al Individuo*” (Op.cit. p 319).

En efecto, la fervorosa adhesión a los ‘derechos humanos’ va unida a una ‘sacralización del individuo’, encerrado en un ‘hedonismo’ incuestionable. Esto no es una ‘consideración’ sino real: “*La solidaridad contemporánea no sólo es hija del reino terminal de la moda, sino que además reproduce algunos de sus rasgos esenciales. En particular, el hedonismo: ningún movimiento de acción ignora ya el espectáculo, el show-biz, la satisfacción de los participantes... El compromiso “moral” es al mismo tiempo emocional, “engancha”, es divertido, festivo, deportivo, musical. Es imposible no apreciar el carácter globalmente ligero y efímero de estas formas de participación: salvo un número reducido de militantes, ¿qué se hace aparte de comprar una insignia o un adhesivo, participar en un concierto... o comprar un disco? El compromiso en cuerpo y alma ha sido sustituido por una participación pasajera, a la carta, a la que uno consagra el tiempo y el dinero que quiere y por la que se moviliza cuando quiere, como quiere y conforme a sus deseos primordiales de autonomía individual. Es la hora del compromiso minimal, eco de la ideología minimal, de los derechos del hombre y de la sensibilización frente a los estragos de la pobreza. El espíritu de la moda... se ha inmiscuido en la esfera de la solidaridad y la ética. La era de la moda no desemboca en el egoísmo pleno, sino en el compromiso intermitente, ligero, sin doctrina ni exigencia de sacrificio.*” Y termina queriéndose consolar: “*No hay que desesperar del reino de la moda, el cual profundiza el cauce de los derechos del hombre y nos abre los ojos frente a las desgracias de la humanidad. Tenemos menos rigor doctrinario pero más preocupaciones humanitarias, menos fidelidad pero más espontaneidad de masa. Ello no conduce ni al mejor ni al peor de los mundos*” (Op.cit. pp 319-20).

El párrafo, aunque largo, había que citarlo casi al pie de la letra pues describe a la perfección una realidad de la que hay que tomar conciencia e interrogarse. En efecto, es exacto que *“el reino de la moda... profundiza el cauce de los derechos del hombre y nos abre los ojos frente a las desgracias de la humanidad”*. Nunca ha habido más sensibilidad hacia los ‘derechos humanos’ ni hacia las ‘desgracias de la humanidad’. Son materia de estadísticas y tesis doctorales.

En efecto, tenemos ‘conciencia’ (**información**) de todo tipo de ‘violaciones’ y de las tragedias que dos terceras partes de la humanidad tiene que soportar, pero carecemos de ‘pies y manos’ para responder adecuadamente a los retos que plantea dicha exhaustiva información. El Primer Mundo es ese gran ‘inválido’ instalado en un sofisticado ‘carrito de ruedas’ que camufla su invalidez, desde el que se lamenta y denuncia todas las barbaridades que contempla, pero no puede levantarse de su silla donde tiene todo resuelto sin **esfuerzo** y desde la que justifica su inoperancia (*“compromiso intermitente”*). Desde nuestro cómodo carrito de ruedas a lo más que llegamos es a poner simbólicamente una ‘primera piedra’ (pero que levanten el edificio los demás) o a cortar la ‘cinta’ o correr la ‘cortinilla’ de una inauguración, cosa que podemos llevar a cabo sin levantarnos de la ‘sillita’ a la que nos tiene pegados un paralizante **hedonismo**.

La declaración de los **derechos humanos**, en vez de lanzarnos a una solidaridad comprometida, nos ha blindado como **sujetos de derechos** en una inoperancia enfermiza, aunque rica en denuncias y exigencias de todo tipo, pero que no están dispuestas a ir más allá de la pancarta y la declaración.

**Lipovetsky** insiste en que no estamos viviendo un *“egocentrismo impenitente”* sino más bien una *“disgregación total de los vínculos sociales... En lugar de las organizaciones comunitarias tradicionales..., formas de encuentro interhumano segmentarias, flexibles y adaptadas al gusto por la autonomía subjetiva remodelada por la moda... donde se hace manifiesta la tendencia lúdico-hedonista (v.c. deporte, ocio...)”* (**Op.cit.** p 321). Nos asociamos, pero en ‘formas flexibles’ que no comprometan nuestra ‘autonomía subjetiva’. A la larga, tan sólo soportamos ‘agrupaciones lúdico-hedonistas’ que lleven consigo ‘logros’ benefactores.

Este individualismo no expresa *“tanto la pérdida del sentido de la relación como el fantástico reforzamiento de la aspiración a la autonomía privada... Lo que seduce es el hecho de trabar relación sin dejar de ser libre y anónimo, relacionarse rápidamente y sin ceremonias con desconocidos, multiplicar y renovar frecuentemente los contactos y comunicarse por tecnología interpuesta...”* (**Op.cit.** p 322).

En el **Suplemento semanal** de un diario, hace varios años leí la entrevista a un niño de 12 años, protagonista de una película galardonada aquel mismo año. En dicha entrevista, el periodista preguntaba al muchacho si tenía muchos amigos, a lo que respondía que no. Lo que tenía era ‘conocidos’ en su barrio y en el de su abuela. “Los ‘amigos’ te pueden fallar y darte disgustos, con los conocidos juegas y lo pasas bien”, comentaba el niño. La niñez y la juventud, como verdaderas ‘esponjas’ absorben lo que se respira en el ambiente y lo asimilan. No hay forma de protegerlos del ambiente que la sociedad fomenta. Este niño expresaba al pie de la letra la descripción que **Lipovetsky** nos ha hecho de ese nuevo tipo de relación descomprometida que exige nuestra ‘autonomía subjetiva’.

Pero esta ‘relación descomprometida’ lleva al desierto de la incomunicación: “...*el malestar de la comunicación en nuestras sociedades no es menos real, y la soledad se ha convertido en un fenómeno de masas...La época de la moda plena es indisociable de la fractura cada vez más amplia de la comunidad y del déficit de la comunicación intersubjetiva: un poco en todas partes, las gentes se quejan de no ser comprendidas o escuchadas y de no poder expresarse. De dar crédito a una encuesta americana...las parejas casadas consagrarán una media de menos de media hora por semana a ‘comunicarse’. Leucimización de las relaciones sociales, dificultad para comprenderse, sensación de que las personas no hablan más que de sí mismas y no se escuchan, y tantos otros rasgos característicos de la época final de la moda y del formidable empuje de las existencias y aspiraciones individualistas. La disolución de las identidades sociales, la diversificación de los gustos y la exigencia soberana de ser uno mismo, dan pie a un impase de las relaciones y una crisis de la comunicación sin igual... se quiere una comunicación libre, sincera, personal, y se quiere al mismo tiempo una renovación en nuestras relaciones... padecemos a causa de nuestro apetito insaciable de realización privada de comunicación y de la exigencia sin fin que tenemos frente al otro. Cuanto más nos empeñamos en un intercambio verdadero, auténtico y rico, más nos abocamos a la sensación de una comunicación superficial; cuanto más se entregan las personas íntimamente y se abren a los demás, más crece el sentimiento de futilidad de la comunicación intersubjetiva; y cuanto más afirmamos nuestros deseos de independencia y de realización privada, tanto más está condenada la intersubjetividad a la turbulencia y a la incomunicación” (Op.cit. pp 323-4).*

¿Quién puede poner un ‘pero’ a este análisis de nuestra sociedad? A más *deseos de independencia y de realización privada*, más *turbulencia e incomunicación* en las relaciones intersubjetivas. Fomentar la ‘independencia’ y la ‘privacidad’ nunca llevará a la apertura y la comunicación; querer asegurarlas es constituirme en único centro de referencia. Y es que ‘no se habla más que de sí mismo’, sin ‘escuchar’, pero con grandes deseos de ‘ser escuchado’. Esta postura generalizada imposibilita el encuentro personal, pues los dos son ‘centros’ pasivos que exigen, pero no están dispuestos a dar.

Pero no desconectemos este ‘impase’ de la fiebre ‘hedonista’: “*cuanto más se entregan las personas íntimamente y se abren a los demás, más crece el sentimiento de futilidad de la comunicación intersubjetiva*”. El hedonismo, al desculpabilizar la sexualidad, la ha trivializado. Recordemos la observación de **Freud** de que la sexualidad, en cuanto placer genital, está destinada a extinguirse en la satisfacción. Sólo “*los instintos sexuales coartados en su fin (¿desgenitalizados?) pueden crear entre los hombres lazos más duraderos*”. (**Freud, Psicología de las masas y análisis del yo, Obras completas**, t III, p 2591, Madrid 1973)

A esta alusión quiero añadir dos más. Otro gran observador del ser humano, **Marcel Proust**, en la sexta parte de su obra **El tiempo perdido** comenta lo siguiente: “*Lloré al pensar que tuve en otro tiempo un afecto tan grande por un Saint-Loup distinto, que lo sentía perfectamente por sus modales fríos y evasivos, que ya no devolvía, puesto que los hombres en cuanto se habían hecho susceptibles de inspirarle deseos, no podían inspirarle amistad*” (**Albertina ha desaparecido**, Ed. Rueda, Buenos Aires, p 292). La (atracción sexual en cuanto *deseo, por sí sola*, convierte en ‘objeto’ lo que ‘desea’, imposibilitando la relación personal en cuanto tal.

Y esta misma convicción aparece en la otra cita que quiero aportar. **Merleau-Ponty**, en su obra **Fenomenología de la percepción**, a propósito del **pudor** hace la siguiente reflexión: “*Hay que reconocer, sin duda alguna, que el pudor, el deseo, el amor en general, tienen una*



*significación metafísica, eso es, son incomprensibles si se trata al hombre como un 'haz de instintos', y que conciernen al hombre como consciencia y como libertad. El hombre no muestra ordinariamente su cuerpo y, cuando lo hace, es ora con temor, ora con la intención de fascinar. Le parece que la mirada ajena que recorre su cuerpo lo hurta a sí mismo, o que, al contrario, la exposición de su cuerpo le entregará el otro sin defensa, y que luego será el otro el reducido a la esclavitud. El pudor y el impudor se dan, pues, en una dialéctica del yo y del otro, que es la del dueño y el esclavo: en cuanto tengo un cuerpo, puedo ser reducido a objeto bajo la mirada del otro y no contar ya para él como persona, o bien, al contrario, puedo pasar a ser su dueño y mirarlo a mi vez, pero este dominio es un callejón sin salida, porque, en el momento en que mi valor es reconocido por el deseo del otro, el otro no es ya la persona por la que yo deseaba ser reconocido, es un ser fascinado, sin libertad, y que, por eso, no cuenta ya para mí. Decir que tengo un cuerpo es, pues, una manera de decir que puede vérsese como un objeto y que quiero que se me vea como sujeto, que el otro puede ser mi dueño o mi esclavo, de modo que el pudor y el impudor expresan la dialéctica de la pluralidad de las conciencias y poseen una significación metafísica. Lo mismo diríamos del deseo sexual: si acaba de aceptar la presencia de un tercer testigo, si experimenta como señal de hostilidad una actitud demasiado natural o un lenguaje demasiado desenvuelto por parte del ser deseado, es porque quiere fascinar y que el tercer observador o es ser deseado, si es demasiado libre de espíritu, escapan a la fascinación. Lo que quiere poseerse no es, pues, un cuerpo, sino un cuerpo animado por una consciencia, y, como dice Alain, uno no ama a una loca más que en cuanto la amó antes de su locura. Con la importancia atribuida al cuerpo, las contradicciones del amor se vinculan, pues, a un drama más general que depende de la estructura metafísica de mi cuerpo, simultáneamente objeto para el otro y sujeto para mí..." (Fenomenología de la percepción, pp 183-4).*

La cita ha sido larga, pero toca con lucidez una constatación universal y además acaba aludiendo a la consciencia. Nuestra realidad física nos puede convertir para el otro en 'objeto', mientras nosotros tenemos la experiencia de 'sujeto'. Volviendo a **Lipovetsky**, la *futilidad* invade la *comunicación intersubjetiva*. Al *desculpabilizar la sexualidad*, quedamos reducidos a 'objetos' aislados en busca de 'satisfacciones'. Pero éstas están llamadas a extinguirse en sí mismas. Quizás falta 'pudor' y 'consciencia' para que la comunicación alcance su verdadero sentido que culmina en la **gratuidad**.

Pero veamos cuál es el resultado de este "imperio de lo efímero" en palabras del propio **Lipovetsky**. Así termina su libro: "*El reino pleno de la moda pacífica el conflicto social, pero agudiza el conflicto subjetivo e intersubjetivo; permite más libertad individual, pero engendra una vida más infeliz. La lección es severa; el progreso de las Luces y el de la felicidad no van al mismo paso y la euforia de la moda tiene como contrapartida el desamparo, la depresión y la confusión existencial. Hay más estímulos de todo género pero mayor inquietud de vida; hay más autonomía privada pero más crisis íntimas. Esta es la grandeza de la moda, que le permite al individuo remitirse más a sí mismo, y esta es la miseria de la moda, que nos hace cada vez más problemáticos, para nosotros y para los demás*" (**Op.cit.** p 324).

Es la vivencia obsesiva de considerarse 'sujeto de derechos' (**NOTA:** En Andalucía, el **SAS** (Servicio Andaluz de Salud) ha empapelado sus Hospitales con unos carteles sobre **DERECHOS Y DEBERES** de los usuarios. Allí aparecen ¡30 derechos!, frente a sólo ¡6 deberes! Desde este planteamiento es imposible que funcione ninguna sociedad). que paradójicamente nos convierte en 'objetos de cuidado' respecto a nosotros mismos y sobre

todo de cara a los otros, pero cada vez con menos capacidad de ser **interlocutores responsables en reciprocidad**.

‘Interlocutores’: capaces de relacionarnos con una identidad propia no encerrada en sí misma, sino con capacidad de abrirse sin miedos ni engreimientos; ‘responsables’: esa identidad posee un centro personal capaz de decidir y sentirse implicado en sus actuaciones asumiéndolas como propias; ‘en reciprocidad’: con la convicción de que es ‘uno de tantos’, no el centro del universo, que tiene que dar y recibir, que no agota la experiencia de sentirse persona, sino que su interlocutor también está llamado a vivir la misma experiencia.

Este **“imperio de lo efímero”** nos ha *“pacificado”* agudizando *“el conflicto subjetivo e intersubjetivo”*. La frase no puede ser más lúcida. La ‘pacificación’ a la que hemos llegado es consecuencia de nuestra desimplicación: el individualismo imperante nos aísla en una autosuficiencia vacía, sin identidad definida sino pendiente de un ‘bricolage’ sin proyecto, acosado por ‘lo Nuevo’ (la **Moda**). Este ‘bricolage’ nunca consolidará una subjetividad personal. Pero tampoco la identidad del ‘otro’ está definida, con lo cual no se puede saber con **quién** se relaciona uno.

De este modo llegamos a una situación de ‘tolerancia’ mutua desde la que queremos asegurar un pacto de ‘no agresión’, pero nunca una comunicación confiada y responsable. Esto, en efecto, aleja el conflicto pero nos sume en la soledad. ¡Perdidos en un desierto no hay posibilidad de conflictos!

Esta situación experimentada como ‘logro’ nos aboca a una situación paradójica que **Lipovetsky** formula magistralmente: *“permite más libertad individual (¡no personal!), pero engendra una vida más infeliz”*.

La ausencia de responsabilidad que lleva consigo una identidad personal proporciona una libertad sin límites, que se experimenta sin riesgos. ¡No hay nada que arriesgar sino un abanico ilimitado de posibilidades que experimentar! Es un ‘bricolage’ generalizado, sin referente alguno. Esto, irremediabilmente, engendra una ‘una vida más infeliz’, al no haber una ‘meta’, un ‘para’ que dé contenido a la libertad. Sólo provoca la dispersión permanente.

Y es que lo único que puede aportar *“la moda”* es *“euforia”*, pero provoca el desierto del *“desamparo, la depresión y la confusión existencial”*. Esto, como veremos más adelante, no es sorpresa sino consecuencia: a *“más estímulos, mayor inquietud de vida”*. (Es la experiencia de ‘conciencia telespectadora’ a la que alude en otros momentos el mismo **Lipovetsky**), *“a más autonomía privada (¡aislada!), más crisis íntimas”* (la crisis del ‘vacío’). Si no hay conciencia personal no se va más allá de una ‘intimidad’ narcisista, solitaria e insaciable.

En resumen: la ‘grandeza de la moda’ sólo permite al individuo ‘remitirse más a si mismo’. Pero ¿puede de este modo surgir una experiencia personal? Por eso, esta ‘grandeza’ lleva consigo una ‘miseria’: *“que nos hace cada vez más problemáticos, para nosotros y para los demás”*. El resultado es un tanto desolador, no sólo a nivel personal sino relacional (que como sabemos son inseparables). ¿Qué posibilidades podemos encontrar de recuperación para salir de esta ‘red ilegal’?

**CITAS SUGERENTES:**

«... hemos dejado de creer en el sueño de “cambiar la vida”, no hay nada más que el individuo soberano ocupado en la gestión de su calidad de vida» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 72).

\*\*\*

«La honestidad, la cortesía, el respeto a los padres: sin ninguna duda. ¿La obligación de darse? ¿El sacrificio propio? Con seguridad, no. En nuestras sociedades, el altruismo erigido en principio permanente de vida es un valor descalificado, asimilado como está a una vana mutilación del yo: la nueva era individualista ha logrado la hazaña de atrofiar en las propias conciencias la autoridad del ideal altruista, ha desculpabilizado el egocentrismo y ha legitimado el derecho a vivir para uno mismo. Se sabe que a los ojos de la moral ideal, el yo no tiene derechos, sólo deberes: la cultura posmoralista trabaja manifiestamente en sentido contrario, incrementa la legitimidad de los derechos subjetivos y mina correlativamente la del deber hiperbólico de la devoción. El espíritu de sacrificio, el ideal de preeminencia del prójimo ha perdido credibilidad: más derechos para nosotros, ninguna obligación de dedicarse

a los demás, tal es en términos abruptos, la fórmula del individualismo cabal» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 131-132).

\*\*\*

«El individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia, lo es con el ideal de la entrega personal: se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. Sí a la generosidad pero a condición de que sea fácil y distante, que no esté acompañada de una renuncia mayor. Somos favorables a la idea de solidaridad si ésta no pesa demasiado directamente sobre nosotros... Hemos dejado de alabar la exigencia permanente de dedicación al prójimo “siempre y en todo momento”, decía Jankélévitch: el momento del imperativo categórico ha dado lugar a una ética mínima e intermitente de la solidaridad compatible con la primacía del ego» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 133).

\*\*\*

«Como ya escribió Tocqueville en 1840, “en los siglos democráticos, los hombres se dedican raramente unos a otros, pero muestran una compasión general hacia todos los miembros de la especie humana”: las nuevas condiciones de vida consumista y psicologista no hacen más que acentuar esta tendencia a la identificación epidérmica con el otro, a la repugnancia ante el espectáculo del sufrimiento...» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 140).

\*\*\*

«La ayuda voluntaria elegida es uno de los rostros del individualismo posmoralista y expresa menos la reconducción de los deberes tradicionales que la búsqueda de la convivencia y del desarrollo personal a cualquier edad, menos una presión imperativa que un estilo de vida y una opción personalizada. El incremento de las aspiraciones neoindividualistas no es la tumba del voluntariado, es su estímulo» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 144-145).

\*\*\*

«Más que nunca la inquietud colectiva está referida a la vitalidad económica, pero simultáneamente la ideología moralista del trabajo se ha desvitalizado: el trabajo está cada vez menos asociado a la idea de deber individual y colectivo, las grandes homilías sobre la obligación del trabajo ya no tienen vigencia. Ya no se exaltan las virtudes de paciencia y perseverancia, apenas se enseña el valor regular, el imperativo moral de ser útil a la colectividad, la obligación social de cumplir “su pequeña tarea microscópica”, por ínfimo que sea el resultado obtenido. El advenimiento de la sociedad de consumo de masas y sus normas de felicidad individualista han representado un papel esencial: el evangelio del trabajo ha sido destronado por la valorización social del bienestar, del ocio y del tiempo libre, las aspiraciones colectivas se han orientado masivamente hacia los bienes materiales, las vacaciones, la reducción del tiempo de trabajo... Al imperativo de progreso y de solidaridad por el trabajo, ha sucedido el culto individualista del presente, la legitimidad de la búsqueda de la felicidad y la libertad, de una *fun morality*» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 174).

\*\*\*

[En referencia a la empresa, trabajo y vida privada] «Incluso la élite de las grandes escuelas tiende a no adherirse ya al principio de la deuda de cada uno hacia todos. En 1991, alrededor de 1 de cada 2 cuadros salido de las grandes escuelas de comercio y de ingenieros no se reconocía ninguna obligación superior a los demás ciudadanos, ninguna obligación de servir al interés general y de contribuir a la prosperidad colectiva. En la hipótesis de recibir una herencia importante que le permitiera dejar de trabajar, sólo una minoría de ellos consideraba utilizar esos fondos para crear una empresa o ejercer un oficio más interesante, menos del 5% solamente invocaba el imperativo de continuar trabajando por deber a la colectividad, cerca del 50% consideraba que “vale más no hacer nada que trabajar si se dispone de un capital suficiente”. En lo esencial, el trabajo se ha liberado de cualquier significado de deuda o de solidaridad hacia la sociedad: en adelante se trabaja para sí. (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, p. 180-181).

\*\*\*

«Este es el mensaje de la modernidad: sois todos unos desheredados con derecho a lloriquear por vosotros. Habéis sobrevivido a vuestro nacimiento, a vuestra pubertad, sois los supervivientes de este valle de lágrimas que se llama existencia (en Estados Unidos de está desarrollando una verdadera literatura de la supervivencia en la que aquellos que han superado una prueba, por nimia que ésta sea, se la cuentan a los demás). El mercado de la víctima está abierto a cualquiera, siempre y cuando pueda lucir una buena desolladura y el sueño supremo consiste en convertirse en mártir sin haber sufrido nunca más desgracia que la de haber nacido. En nuestras latitudes el individuo se concibe a sí mismo por sustracción: quitando los poderes, las iglesias, las autoridades y las tradiciones hasta quedar reducido a ese soporte minúsculo, el Yo, independiente de todos y de todo, aislado, aligerado pero también infinitamente vulnerable. Solo frente al poder del Estado, frente a ese gran Otro que es la sociedad, inquietante, inmensa, incomprensible, se asusta de verse reducido a sí mismo. Sólo le queda entonces un recurso: rehacer su sentido a partir de sus heridas, que amplifica, que engrandece con la esperanza de que le confieran una cierta dimensión y de que por fin se ocupen de él» (P. Bruckner, **La tentación de la inocencia**, Anagrama, Barcelona <sup>3</sup>1999, pp. 143-144).

\*\*\*

«La compasión se transforma en una variante del desprecio a partir del momento en que por sí sola conforma nuestra relación con los demás excluyendo otros sentimientos como el respeto, la admiración o la alegría. Resulta más fácil simpatizar en abstracto con gente infeliz ¿forma elegante de apartarlos?, puesto que simpatizar con la gente feliz requiere una disposición de ánimo más abierta, ya que nos obliga a luchar contra el obstáculo que representa la envidia. Convertir la compasión en el valor cardinal de la ciudad significa destruir la posibilidad de un mundo en el que los hombres podrían hablarse y reconocerse como personas libres. Tanto lo humanitario como la caridad buscan únicamente individuos afligidos, es decir, seres dependientes; por el contrario, la política exige interlocutores, es decir, seres autónomos. Una cosa produce seres asistidos, la otra requiere seres responsables» (P. Bruckner, **La tentación de la inocencia**, Anagrama, Barcelona <sup>3</sup>1999, p. 269).

\*\*\*

«Creemos ayudar al sujeto mimándolo, aligerándolo de todo lo que no sea él, descargándolo de sus deberes, de sus obligaciones para que pueda dedicarse por entero a su exquisita subjetividad. Con lo cual se le priva de puntos de referencia, de límites, se consigue que se vuelva más ansioso de sí mismo, se confunde la independencia con el vacío. Se incrementa sin quererlo el espantoso derrotismo de aquel que, agobiado por su libertad, se apresura a olvidarla, a pisotearla. Pero fortalecer al individuo es vincularlo y no aislarlo, es enseñarle de nuevo el sentido de la deuda, es decir, de la responsabilidad, es reinsertarlo en diversas redes, en diversas lealtades que hacen de él un fragmento de un conjunto más amplio, es abrirlo y no limitarlo a sí mismo (a condición de que esas pertenencias sean libremente consentidas). Pues el hombre occidental no necesita que lo protejan, que lo confinen en el doble recinto del hospicio y de la guardería: tiene necesidad de algún valor que lo impulse, de desafíos que lo despierten, de rivales que lo preocupen, de hostilidad estimulante, de trabas útiles... Si se lo priva de coerciones, se agosta; si se lo ataca, se fortalece. Nunca somos “hombres, sencillamente hombres” (Hannah Arendt), sino siempre productos de una situación precisa, que no se puede concebir sin una nación, un régimen político, un pueblo, una herencia cultural. En vez de enfrentar en un combate estéril lo particular contra la sociedad, hay que pensarlos en términos de antinomia, de fecunda oposición, puesto que se engendran uno a otro... Que la persona privada detenga el orden social que a su vez la limita, que sea un cortafuegos contra la movilización masiva, contra los conformismos, pero sin degenerar en desinterés por el destino común. Hay que confrontarla con gérmenes de “comunitarismo” que pueden matarla, pero también fortalecerla, su antítesis debe ser su elemento íntimo que la revitalice por oposición. De igual modo que la colectividad encuentra en la voluntad de cada individuo una frontera infranqueable, no hay auténtica libertad que no sea contenida, es decir, ampliada y limitada por la libertad de los demás, arraigada en el prójimo. Para frenar la regresión pueril o victimista bajo todas sus formas hay que abrir al sujeto a lo que lo engrandece, a lo que lo saca de sí hacia un más-ser.» (P. Bruckner, **La tentación de la inocencia**, Anagrama, Barcelona <sup>3</sup>1999, pp. 284-286).

\*\*\*

«La felicidad ya no es la suerte que se cruza en nuestro camino, un momento fasto ganado a la monotonía de los días: es nuestra condición, nuestro destino. Cuando lo deseable se convierte en posible, se integra de inmediato en la categoría de lo necesario. Con increíble rapidez, lo que ayer era edénico se transforma en lo que hoy es corriente, una moral que impregna la vida cotidiana y deja tras de sí un gran número de derrotados y vencidos. Porque hay una redefinición de la condición social que no solamente responde a la fortuna o el poder, sino a la apariencia... Lo que nos gobierna, lo que la publicidad y las mercancías sostienen con su alegre embriaguez, es toda una ética basada en parecer a gusto consigo mismo.

“Conviértase en su mejor amigo, gane su propia estima, piense en positivo, atrevase a vivir en armonía, etc.”: la multitud de libros publicados sobre el tema hace pensar que no se trata de un asunto tan sencillo. No sólo la felicidad constituye, junto con el mercado de la espiritualidad, la mayor industria de la época, sino que es también, y con la mayor exactitud, el nuevo orden moral: por eso prolifera la depresión, por eso cualquier rebelión contra este pegajoso hedonismo invoca constantemente la infelicidad y la angustia. Somos culpables de no estar bien, un mal del que tenemos que responder ante todos los demás y ante nuestra jurisdicción íntima. ¡Pensemos en esos sondeos dignos de los antiguos países del bloque

comunista en los que las personas interrogadas por una revista dicen ser un 90% felices! (P. Bruckner, **La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p. 58).

\*\*\*

«Esta es la actitud norteamericana del *can do*, del "puedes hacerlo", que no pone barreras a las capacidades de un individuo con tal de que se arremangue, con el optimismo propio de una nación pionera que cree en las bodas de la eficacia y la voluntad. A la obligación de la salvación propia del Antiguo Régimen le ha sucedido la embriaguez de lo posible en las sociedades laicas, y este abanico da vértigo. Quien espera recorrer todos los caminos corre el riesgo de no emprender ninguno; una cosa es salir de sí mismo y otra creerse libre de la necesidad de elegir, es decir, libre de un marco que nos limita y condiciona nuestra libertad» (P. Bruckner, **La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p. 110).

\*\*\*

... La vieja democracia vivía templada por una abundante dosis de liberalismo y de entusiasmo por la ley...Hoy asistimos al triunfo de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente sin ley, por medio de materiales presiones, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos... Ahora, en cambio, cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café... (p. 79). (Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, Ed Austral.)

\*\*\*

... el poder público, el gobierno, vive al día; ...No sabe a dónde va, porque en rigor, no va, no tiene camino prefijado, trayectoria anticipada. Cuando ese poder público intenta justificarse, no alude para nada al futuro, sino, al contrario, se recluye en el presente y dice con perfecta sinceridad: "soy un modo anormal de gobierno que es impuesto por las circunstancias". Es decir, por la urgencia del presente, no por cálculos de futuro. De aquí que su actuación se reduzca a esquivar el conflicto de cada hora; no a resolverlo, sino a escapar de él por de pronto, empleando los medios que sean, aun a costa de acumular, con su empleo, mayores conflictos sobre la hora próxima. Así ha sido siempre el poder público cuando lo ejercieron directamente las masas: omnipotente y efímero. El hombre-masa es el hombre cuya vida carece de proyectos y va a la deriva. Por eso no construye nada, aunque sus posibilidades, sus poderes, sean enormes (Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, pp 105-106).

\*\*\*

... en efecto, el tipo medio del actual hombre europeo posee un alma más sana y más fuerte que la del pasado siglo, pero mucho más simple... En las escuelas, que tanto enorgullecían al pasado siglo, no ha podido hacerse otra cosa que enseñar a las masas las técnicas de la vida moderna, pero no se ha logrado educarlas. Se les han dado instrumentos para vivir intensamente, pero no sensibilidad para los grandes deberes históricos; se les han inoculado atropelladamente el orgullo y el poder de los medios modernos, pero no el espíritu. Por eso no quieren nada con el espíritu, y las nuevas generaciones se disponen a tomar el mando del mundo como si el mundo fuese un paraíso sin huellas antiguas, sin problemas tradicionales y complejos (Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, p 107)

\*\*\*

(Cfr. diagrama psicológico del hombre-masa actual): la libre expansión de sus deseos vitales -por lo tanto, de su persona- y la radical ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conocida psicología del niño mimado. .. Heredero de un pasado larguísimo y genial -genial de inspiraciones y de esfuerzos-, el nuevo vulgo ha sido mimado por el mundo en torno. Mimar es no limitar los deseos, dar la impresión a un ser de que todo le está permitido y a nada está obligado. La criatura sometida a este régimen no tiene la experiencia de sus propios confines. A fuerza de evitarle toda presión en derredor, todo choque con otros seres, llega a creer efectivamente que sólo él existe, y se acostumbra a no contar con los demás, sobre todo a no contar con nadie como superior a él. Esta sensación de la superioridad ajena sólo podía proporcionársela quien, más fuerte que él, le hubiese obligado a renunciar a un deseo, a reducirse a contenerse... Estas masas mimadas son lo bastante poco inteligentes para creer que esa organización material y social, puesta a su disposición como el aire, es de su mismo origen, ya que tampoco falla, al parecer, y es casi tan perfecta como la natural (Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, pp 113-114).

\*\*\*

Vaya esto tan sólo para contrarrestar nuestra ingenua tendencia a creer que la sobra de medios favorece la vida. Todo lo contrario. Un mundo sobrado de posibilidades produce automáticamente graves deformaciones y viciosos tipos de existencia humana -los que se pueden reunir en la clase general “hombre heredero” de que el “aristócrata” no es sino un caso particular, y otro el niño mimado, y otro, mucho más amplio y radical, el hombre-masa de nuestro tiempo-. (Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, p 147)

\*\*\*

“Esta es la cuestión: Europa se ha quedado sin moral. No es que el hombre-masa menosprecie una anticuada en beneficio de otra emergente, sino que el centro de su régimen vital consiste precisamente en la aspiración a vivir sin supeditarse a moral ninguna. No creáis una palabra cuando oigáis a los jóvenes hablar de la “nueva moral”. Niego rotundamente que exista hoy en ningún rincón del continente grupo alguno informado por un nuevo ethos que tenga visos de una moral. Cuando se habla de la “nueva”, no se hace sino cometer una inmoralidad más y buscar el medio más cómodo para meter contrabando.

Por esta razón, fuera una ingenuidad echar en cara al hombre de hoy su falta de moral. La imputación le traería sin cuidado, o, más bien, le halagaría. El immoralismo ha llegado a ser de una baratura extrema, y cualquiera alardea de ejercitarlo.

Si dejamos a un lado -...- todos los grupos que significan supervivencias del pasado -los cristianos, los “idealistas”, los viejos liberales, etc.-, no se hallará entre todos los que representan la época actual uno solo cuya actitud ante la vida no se reduzca a creer que tiene todos los derechos y ninguna obligación. Es indiferente que se enmascare de reaccionario o de revolucionario: por activa o por pasiva, al cabo de unas u otras vueltas, su estado de ánimo consistirá decisivamente en ignorar toda obligación y sentirse, sin que él mismo sospeche por qué, sujeto de ilimitados derechos.

Cualquier sustancia que caiga sobre un alma así dará un mismo resultado, y se convertirá en pretexto para no supeditarse a nada concreto. Si se presenta como reaccionario o antiliberal, será para poder afirmar que la salvación de la patria, del Estado, da derecho a allanar todas las otras normas y a machacar al prójimo, sobre todo si el prójimo posee una personalidad valiosa. Pero lo mismo acontece si le da por ser revolucionario: su aparente entusiasmo por el obrero manual, el miserable y la justicia social le sirve de disfraz para poder desentenderse de toda obligación -como la cortesía, la veracidad y, sobre todo, el respeto o estimación de los



individuos superiores-. Yo sé de no pocos que han ingresado en uno u otro partido obrerista no más que para conquistar dentro de sí mismos el derecho a despreciar la inteligencia y ahorrarse las zalemas ante ella...

... no cabe ennoblecer la crisis presente mostrándola como el conflicto entre dos morales o civilizaciones, la una caduca, la otra en albor. El hombre-masa carece simplemente de moral, que es siempre, por esencia, sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación. Pero acaso es un error decir “simplemente”. Porque no se trata sólo de que este tipo de criatura se desentienda de la moral. No; no le hagamos tan fácil la faena. De la moral no es fácil desentenderse sin más ni más. Lo que con un vocablo falto hasta de gramática se llama amoralidad es una cosa que no existe. Si usted no quiere supeditarse a ninguna norma, tiene usted, *velis nolis*, que supeditarse a la norma de negar toda moral y esto no es amoral, sino inmoral. Es una moral negativa que conserva de la otra la forma en hueco.

¿Cómo se ha podido creer en la amoralidad de la vida? Sin duda, porque toda la cultura y la civilización modernas llevan a ese convencimiento. Ahora recoge Europa las penosas consecuencias de su conducta espiritual. Se ha embalado sin reservas por la pendiente de una cultura magnífica, pero sin raíces. (Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, pp 226-229)

## POSIBLE ESQUEMA.

### I.- Mi historia

### II.- La realidad que nos rodea. (La ‘red ilegal’)

### III.- ¿Qué puede aportarnos Ignacio en esta situación?

#### 1. En su experiencia.

- vida cortesana
- conversión: fe y cambio de status
- sacraliza la pobreza: primeras lágrimas y Manresa
- una pobreza que afecta a la sensibilidad (no espiritualista): ‘se fue con los pobres y se le pasó aquella tentación’. Una pobreza que no es ‘opción por los pobres’: ‘la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eternal’ (carta a Padua)
- experimenta la pobreza: necesita dinero para sus estudios. (Países Bajos en verano). Comparte dinero que consigue de las limosnas
- un ‘desde’ para la misión: Azpeitia: ser pobre luchando contra la pobreza.
- Un desde para la misión: lo más bajo es lo más universal: desde ahí podemos llegar a lo más alto. (Primeros compañeros)

#### 2. De cara a la formación del jesuita.

- seis experiencias principales

. EE: *preparar y disponer para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y después de quitadas, buscar y hallar la voluntad divina...* (EE 1). Para ello “...haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento, diciendo:

*Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda... que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado.” (EE 97-98). Más aún pedirá ‘ser recibido debajo de su bandera’ “y primero en suma pobreza espiritual y, si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir, no menos en la pobreza actual; 2º, en pasar oprobios y injurias, por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad...” (EE 147), para culminar en la tercera manera de humildad: “la 3ª es humildad perfectísima, es a saber, quando, incluyendo la 1ª y 2ª, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parescer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.” (EE 167). Pero esta disposición ‘espiritual’ es reforzada por otras ‘experiencias principales’*

**. Hospitales, Peregrinación, Oficios bajos y humildes, enseñar la doctrina cristiana a personas rudas:** “2ª Sirviendo en hospitales o en alguno dellos por otro mes, comiendo y durmiendo en él o en ellos, o por alguna o algunas horas en el día, según los tiempos, lugares y personas, ayudando y sirviendo a todos enfermos y sanos según que les fuere ordenado, por más se abaxar y humillar, dando entera señal de sí, que de todo el século y de sus pompas y vanidades se parten, para servir en todo a su Criador y Señor crucificado por ellos. 3ª Peregrinando por otro mes sin dineros antes a sus tiempos pidiendo por las puertas por amor de Dios nuestro Señor porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir, asimismo porque dexando toda su esperanza que podría tener en dineros o en otras cosas criadas la ponga enteramente con verdadera fe y amor intenso en su Criador y Señor; o los dos meses en hospitales o en alguno dellos, o los dos peregrinando, según que a su Superior pareciere mejor. 4ª Después de entrado en Casa, ejercitándose con entera diligencia y cuidado en diversos oficios bajos y humildes, en todos dando buen ejemplo de sí.” 5ª La doctrina cristiana o una parte della a mochachos y a otras personas rudes en público mostrando, o a particulares enseñando, según se ofreciere y más cómodo en el Señor nuestro pareciere y proporcionado a las personas. (Exa. 66-68)

### 3. De cara a la misión.

- **en la fórmula de la profesión:** *et secundum eam peculiarem curam circa puerorum eruditionem*, y en la nota aclaratoria puntualiza: *la promesa de enseñar los niños y personas rudes, conforme a las letras apostólicas y Constituciones, no obliga más que los otros ejercicios espirituales con que se ayuda el próximo...; pero pónese lo de los niños en el voto, para que se tenga más particularmente por encomendado este santo ejercicio..., por el singular servicio que en él se hace a Dios Nuestro Señor en ayuda de sus ánimas, y porque tiene más peligro de ser puesto en olvido y dejado de usar que otros más aparentes, como son el predicar etc. (Cons. 528)*

- **‘predicar en pobreza’:** Sólo este lento ‘hacer capaces’ es lo que puede ir suscitando lo que hemos llamado ‘mística de la pobreza’, o usando la célebre frase de Ignacio en el **Examen** (c,

4, 44, [101]), *aborrecer* (cambio de la orientación de mi sensibilidad) *en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza*.

Esto es lo que hacía que un Laínez, espontáneamente, se fuese a vivir a un *hospitaletto* ante el asombro de los *señores de la tierra*. En efecto Tomás Spinola y Francisco Cataneo escriben a S. Ignacio molestos por la decisión de Laínez, pretendiendo que con su autoridad consiga que se aloje en un lugar más ‘digno’. He aquí la respuesta de Ignacio.

**(V, 3869, 642; 28-X-53)**

*Per essermi datta tardi, et anchi trouarmi indesposto, la lettera di VV.Srie. di 14 del presente, non ho fatto risposta l' altro sabbato. La farò adesso in breue a quella et l' altra di 21. Circa lo \*(l.r.) allogiamento di nostro fratello Mtro. Laynez, mi pare li sia usata molta charità et humanità. Et poichè si troua meglio nell' hospital, considerando il maggior seruitio d' Iddio N.S., non accaderà altra mutatione \*(d.r.). De la cura et solecitudine che mostrano le Srie.VV. sopra ciò, li sarà Iddio N.S. bon remuneratore.*

*Y ya que se encuentra mejor en el hospital, teniendo en cuenta el mayor servicio divino, no tendría sentido un cambio. Su alojamiento en el hospital no es una abnegación ‘manresana’, sino teniendo en cuenta el mayor servicio divino, y se vive distendidamente, se encuentra mejor.*

Con la misma fecha escribe Polanco al P. Laínez.

**\*(V, 3861, 629; 28-X-53)**

*Circa lo hospitaletto, poichè V.R. così ha giudicato espediente habitare in quello \*(d.r.), sia al nome de Dio, massime seruando le condicione che ci scriue il Mtro. Thomaso Spinola. Et cosi non accade altro in risposta di quela di V.R., se non rimandar un duplicato \*(l.r.) de raccomandatione per monsignor il vescouo et l' altri signori deuoti.*

*Acerca del hospitaletto, puesto que VR ha creído conveniente habitar en él, sea en el nombre de Dios.*

**- una misión que responsabilice y libere: salvar la persona (RR 14-18 del sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener).**